



EL DESAFÍO DEL PRESENTE

Ejercicios espirituales de los universitarios
de Comunión y Liberación

RIMINI, DICIEMBRE 2008

Edita: Asociación Cultural *Huellas*

HUELLAS

INTRODUCCIÓN | JULIÁN CARRÓN

5 de diciembre, por la noche

La espera constituye la estructura misma de nuestra naturaleza. Si cada uno de nosotros tomara conciencia de sí mismo en este instante, se daría cuenta de que lo que más le define es la espera de un cumplimiento, de una plenitud de la vida, de una felicidad. Pero cuántas veces esta espera se ve sepultada bajo una multitud de distracciones, bajo un montón de cosas inútiles que llenan nuestra vida. Por eso, la amistad entre nosotros, la forma de querernos y de acompañarnos verdaderamente encuentra su máxima expresión en el hecho de sostenernos, de ayudarnos mutuamente a reconocer aquello que es más propio en nuestra persona: la espera. Porque cuanto más distraído está uno o más olvidado de que espera, más necesita pedir, suplicar que se despierte esto en él. Entonces no hay nada más en consonancia con nuestra persona que comenzar pidiendo al Espíritu que avive en nosotros esta espera de felicidad, de cumplimiento, porque uno que no desea la verdad está realmente grave, está ya cerca de la tumba; cuanto menor sea la urgencia con la que sentimos esta espera, tanto más debemos pedir.

Desciende Santo Espíritu

Mi más cordial saludo a todos, a cada una de vosotros, especialmente a aquellos que venís desde el extranjero.

Sea cual sea el lugar desde el que venimos, ¿qué es lo que nos une? ¿Qué nos define a todos? ¿Qué sentimos en nuestro interior como más definitivo que todos los cambios, los estados pasajeros de la vida, los estados de ánimo? Que la vida es algo serio, no es un juego, no es una banalidad, como muchas veces quieren hacernos creer. Y esto lo vemos, lo percibimos en muchas ocasiones. Acabamos de cantar una canción que habla sobre esta seriedad, que en muchas circunstancias percibimos con una evidencia imponente. Como dice nuestra amiga

Sara en la contribución que ha enviado: «Hace algunos días se licenciaron dos amigos míos de Historia, con los que he vivido la Universidad hasta hoy. Habíamos preparado una fiesta para celebrarlo, cuidando hasta el más mínimo detalle: fuimos a cenar a un lugar increíble, comimos cosas riquísimas, bebimos un vino extraordinario, charlamos de mil cosas distintas [todo parece estupendo]. Pero todo el rato se apoderaba de mí una tristeza infinita, que trataba de apartar en una esquina, pero volvía a emerger insistentemente». En esto consiste la seriedad de la vida. Podemos vivir una experiencia preciosa, pero emerge siempre una tristeza infinita, una insatisfacción última, una carencia, un deseo de plenitud que ninguna cena estupenda puede resolver, y que muchas veces podemos tratar de esconder.

Nosotros somos amigos si estamos juntos para poder mirar estas cosas, pues si no lo hacemos, nos distraemos de las cosas fundamentales; estamos juntos, pero las cosas más decisivas de la vida las afrontamos solos.

¡Pero no estamos condenados a vivirlas solos! Por eso estamos juntos estos días: para poder mirar la vida con seriedad, porque normalmente –como hemos visto en la Escuela de comunidad– «para todo el mundo, es serio en la vida el problema del dinero, es serio el problema de los hijos, es serio el problema del hombre y de la mujer, es serio el problema de la salud, es serio el problema político. Para el mundo, todo es serio excepto la vida. [...] Pero, ¿qué es “la vida” además de la salud, del dinero, de la relación entre el hombre y la mujer, de los hijos, del trabajo? ¿Qué es la vida además de todo esto? ¿Qué implica? La vida es todo esto, pero con un fin, con un significado»¹. Por este motivo, la urgencia de la vida, que no podemos evitar en ningún momento, es la urgencia del significado. Podemos vivir sin muchas cosas, pero no sin un significado.

Y lo primero que tenemos que percibir, al mirar nuestro malestar y nuestra tristeza, es que se trata de un bien, porque nos dice que necesitamos un significado, que no somos perros, que no somos piedras: que somos hombres y necesitamos descubrir el sentido de la vida. El malestar, la tristeza o la carencia son el signo de la grandeza

de nuestra vida. A menudo queremos reducir la vida a algunos de los aspectos que indicábamos antes (el trabajo, el dinero, la salud), pero uno puede encontrar un trabajo extraordinario, excepcionalmente satisfactorio, pertinente, que sea reconocido por todos, uno puede tener una novia o bien sacar notas altísimas y conseguir relacionarse bien con todos, pero no le basta, como dice Sara. Y por eso siempre sentimos sobre nosotros algo que está al acecho, incluso cuando tratamos de distraernos.

¿En qué consiste este significado? Hemos venido aquí buscando una mayor claridad sobre el significado de lo que vivimos. Los que están aquí por primera vez es porque han entrevisto, al conocer a algunos de vosotros, al veros vivir, algo que ha despertado en ellos una curiosidad, y han presentido que, tal vez, al venir aquí, podrían encontrar algo decisivo para su vida. Algunos estamos juntos ya desde hace tiempo, pero también sentimos esta urgencia, y no con menor intensidad que los que han llegado por primera vez, porque somos iguales; todos tenemos este deseo de plenitud que no podemos eliminar.

Y como hemos estudiado en la Escuela de comunidad, el cristianismo –obdecir a Alguien distinto que se traduce en seguirle– es razonable únicamente en un caso: «cuando se es consciente de que en ello reside el éxito de la vida»². No podemos seguir aquí mucho tiempo si no percibimos que aquí se encuentra el significado en el que consiste el éxito verdadero de la vida. Hemos estudiado que uno puede estar aquí durante años sin tener esta conciencia, y entonces vive mal; no se puede pertenecer a Cristo sin la conciencia de que esta pertenencia es la realización de la vida, y que así uno se realiza mucho más que si hubiese hecho lo que quería, sentía o imaginaba. Por eso somos retados constantemente a verificar lo que hemos encontrado, porque no nos basta estar aquí sin tener esta conciencia.

«Te escribo –me dice Roberto– en tiempos dramáticos para mi vida y para la de los que me rodean. A medida que pasa el tiempo me doy más cuenta de que el nihilismo hipócrita del mundo en que vivimos también penetra en mi vida y en la de mis amigos. Ser de CL no nos preserva de este peligro. La confusión y el caos que reinan en

la Universidad son indicios de estos tiempos oscuros. Resulta evidente que el modo en el que hemos mirado y respondido a esta situación dramática de los últimos meses y el modo con el que vivimos nuestra vida en general marca una diferencia, que es el signo de Su presencia. Pero a pesar de esta evidencia, es como si nunca bastase, como si hubiese un dualismo, una duda, una indecisión última por la que el corazón no está contento, no está movido por el reconocimiento de que Él está; un dualismo por el que, por una parte, está la fe (incluso sincera) en Cristo, pero, por otra parte, existe la preocupación del propio interés y el miedo de verse engañados». Uno puede estar aquí y pensar que, en el fondo, le están engañando. La consecuencia obvia es que está mal. «Entonces –prosigue– todo se utiliza mal: la compañía del movimiento y la realidad. Te explico mejor. Últimamente ofrezco a Cristo muchísimas energías, hago muchos gestos de obediencia y de testimonio hacia Él (por ejemplo, trabajar para mejorar la universidad con mis amigos como representante de los estudiantes), pero estos gestos son inútiles, porque en ese instante no se da la conciencia de servirLe, y lo que domina a menudo en mí es la insatisfacción, la recriminación hacia uno mismo y hacia los demás, la reducción de lo que hemos encontrado a ideología, a discurso, a moralismo o, peor aún, a psicología. Sin embargo el corazón grita, grita fuerte y no se detiene ante esta reducción, porque tiene exigencias profundas, que no se reducen a un estado de ánimo o al capricho de la semana, y quiere que la evidencia de Cristo sea cierta, constante, definitiva, y culmine en una verdadera obediencia, suceda lo que suceda en nuestras vidas». Todos necesitamos verificar si lo que hemos encontrado sirve para la vida, para responder al estudio, a la enfermedad, a la soledad, a la dificultad, a la urgencia de la unidad de la vida, de no vivir fragmentados.

Pero, ¿existe esto? ¿Existe este punto de apoyo que pueda responder a la urgencia que sentimos? Escribe don Giussani: «La existencia representa, ante todo, una decisión acerca de lo que debemos reconocer como fundamento nuestro: y esa decisión es un asunto que se nos replantea continuamente. Se trata de encontrar el *unum necessarium*, lo único necesario, es decir, aquello que reconozcamos como el

significado de nosotros mismos y, por consiguiente, el fundamento de todo lo que hacemos»³.

Nosotros estamos aquí buscando eso único necesario que puede responder a la seriedad de la vida. Pero hay una condición para poderlo reconocer cuando sucede ante nosotros: no censurar el drama, la urgencia, la necesidad que tenemos dentro. Porque sin esta urgencia, sin esta necesidad, aunque aparezca ante nosotros, no Le reconoceremos, no seremos capaces de reconocerLe.

Por eso la gracia que debemos pedir hoy es no censurar ningún aspecto de la necesidad que nos constituye, ningún aspecto de lo que todavía debe cambiar en nuestra vida, de esa necesidad de sentido, de significado, de plenitud, de compañía, de gusto. Parece poca cosa, pero es algo que habitualmente censuramos si vivimos solos. El hecho de estar juntos esta noche, todos con la misma conciencia, con la misma urgencia de ser serios con la vida, os quita la vergüenza que a veces sentís al ver a muchas personas a vuestro lado que no son serias, y a uno casi le da vergüenza serlo. Aquí podemos vencer juntos esta vergüenza, no necesitamos censurar nada, podemos mirarla a la cara.

Como dice Caterina: «Me ha costado mucho este último período, porque mis relaciones cotidianas o lo que tengo que hacer se ha convertido en una monotonía insoportable, un aburrimiento, y aunque me daba cuenta de la falta de estímulos a la hora de hacer, sólo conseguía escandalizarme de que esta inactividad afectase también a lo que más me importa, desde la relación con mi novio al estudio, y me hiciese poner todo en discusión. Ante este vacío que vivía ha renacido la exigencia de felicidad y de plenitud. La urgencia de una respuesta ha prevalecido sobre todos los problemas, y esto me ha permitido, también gracias a las personas que tengo cerca, desear no contentarme con esto».

Nosotros estamos juntos, como amigos, para sostenernos en esta petición, que es la petición que hace la Iglesia en el tiempo de Adviento, en este tiempo de espera que nace precisamente de las entrañas de la urgencia de la vida: ¡Ven Señor Jesús! ¡Ven de forma tan poderosa que podamos reconocerte como el significado de la vida! ¡Que en estos días podamos conocerte más, no de forma teórica, ni

banal, ni abstracta; que podamos ver Tu rostro, Tus rasgos inconfundibles, de modo que nuestra vida pueda llenarse de significado! Pero, para que podamos reconocerTe, ¡despierta en nosotros, Jesús, ésta espera!

El tiempo de Adviento es un tiempo precioso. A veces uno se pregunta: ¿por qué, si Cristo ya ha venido, Le esperamos? Precisamente porque ha venido, nosotros Le esperamos, justamente porque Él nos acompaña podemos mirarLe juntos y podemos desearLe cada vez más. Sólo la Iglesia celebra una fiesta así, un tiempo así, ¡porque los demás ya no esperan nada! Nosotros esperamos porque hemos encontrado Algo, porque ya Le hemos entrevisto, hemos vislumbrado Su presencia, y por eso deseamos que se haga cada vez más presente en nuestra vida y nos salve, es decir, se desvele cada vez más todo su significado. ¡Cuántos de vosotros me habéis escrito que deseáis conocerLe cada vez más! Pero, ¿por qué tenéis más deseo de Él? Porque ya os habéis encontrado con Él. Por eso la Iglesia desea cada vez más, grita cada vez más: «¡Ven Señor Jesús!», precisamente porque Él se ha dado a conocer, como a nosotros.

LECCIÓN | JULIÁN CARRÓN

6 de diciembre, por la mañana

1. LA EVIDENCIA DEL FUNDAMENTO

«Que yo te vea, esto es la mañana»⁴, acabamos de cantar, porque sin ti, Cristo, sin sentir el calor de Tu presencia, la imponencia de Tu presencia, ¡somos como huérfanos! Comprendemos así la urgencia de la cuestión con la que comenzábamos ayer: «La existencia representa, ante todo, una decisión acerca de lo que debemos reconocer como fundamento nuestro»⁵. Se trata de encontrar la única cosa necesaria, es decir, aquello que reconocemos como significado de nosotros mismos y de todo lo que hacemos. Pero el fundamento, el significado, el Misterio, ¿está o no está? Empecemos agarrando el toro por los cuernos: ¿está o no está?

Escribe Giacomo: «La semana pasada pegamos en la Universidad el manifiesto de CL sobre el caso de Eluana Englaro. Después de algunos días aparecieron algunas respuestas escritas, pegadas junto a nuestro manifiesto. Empecé a leer estas respuestas y me detuve ante la frase de uno que escribía, citando el manifiesto: “El caso de Eluana nos pone frente a la primera evidencia que aparece en nuestra vida: no nos hacemos a nosotros mismos”, y proseguía: “¿Evidencia? A ver si dejáis ya esta historia de que es evidente lo que sólo es una credo vuestro” [¡nos desafía a lo grande!]. Esta frase me ha dejado un poco bloqueado y me ha hecho preguntarme: pero, para mí, el hecho de que Otro me hace, de que los cabellos de mi cabeza están todos contados, ¿es una evidencia o un credo?».

Este es el desafío, amigos, y ya supone una gracia que alguien que no huya ante una pregunta así, sino que la mire cara a cara. Nosotros estamos juntos para poder mirar todo cara a cara, incluso un desafío tan penetrante, tan decisivo para la vida. ¿Acaso Le afirmamos únicamente por una sensibilidad?

En estos días me contaba uno de los primeros que empezó el Grupo Adulto con don Giussani un diálogo que había tenido con él, en donde

precisamente le hacía esta pregunta: «Pero, ¿lo que me dices se debe a tu sensibilidad? Porque si es fruto de tu sensibilidad, no me vale. Y don Giussani le respondía: «No digas tonterías: yo te doy las razones. No es una sensibilidad, yo te doy las razones». Nosotros estamos aquí para darnos las razones, y cada uno debe hacer las cuentas con ellas. No se trata de una sensibilidad, no es una imaginación nuestra, se trata de razones.

Por tanto es clave el método que nos permite llegar a responder. ¿Está o no está? Y por eso es decisivo el punto de partida. Como respondía una vez, hace años, a un estudiante que me hacía casi la misma pregunta que le hacían a don Giussani: «Pero, ¿estás seguro de lo que dices sobre Dios?» Y yo le respondí decidido: «Sí, porque yo no parto de Dios, sino de la realidad».

Hemos puesto este ejemplo en muchas ocasiones: si alguna de vosotras encontrase en su habitación un estupendo ramo de flores, enseñada se preguntaría: «¿Quién me las ha mandado?». Si alguien te dijese: «Pero venga, ¿de qué evidencia hablas? Venga, es tu credo el que te hace pensar que hay alguien», tú, ¿qué le dirías? ¿Es únicamente un credo tuyo o es la imponentia de algo lo que te remite más allá? ¿Es más fácil explicar el ramo de flores o explicar que estamos aquí ahora, que estamos aquí, que yo vivo, que tú vives, que existes ahora? Tomar conciencia de esto es reconocer con sencillez que decir: «Yo soy» con toda la conciencia, con toda la capacidad de mi razón, es reconocer que «yo soy hecho». Si el ramo de flores pudiese tomar conciencia de sí mismo, no podría dejar de decir: «Otro me ha puesto aquí». Hemos sido educados siempre a partir de la realidad, pero no la realidad separada de nosotros, porque «la realidad se hace transparente en la experiencia». Por eso el punto de partida es nuestra experiencia. Es preciso no separar nunca la razón de la experiencia. Por tanto, tratemos de mirar juntos la experiencia, de forma que podamos sorprender el impacto que la realidad provoca en nosotros. Está claro que el asombro ante la presencia del ramo de flores, de la persona amada o de la realidad constituye una provocación: al mirar a la realidad, tengo ante mí algo que me provoca a una apertura. «La realidad se me presenta como una sollicitación a descubrir otra cosa distinta. La mirada que lanzo a la realidad

no produce en mí el resultado que se produce en una película fotográfica; no me “impresiona” con su imagen y basta. Me impresiona y me mueve. Lo real me solicita, como decía, a buscar otra cosa distinta, que está más allá de lo que aparece inmediatamente. La realidad aferra nuestra conciencia de tal modo que ésta pre-siente y percibe algo distinto, otra cosa. Ante el mar, la tierra, el cielo y todas las cosas que se mueven en ellos, yo no me quedo impasible; me siento animado, movido, conmovido por lo que veo, y esto me pone en marcha para buscar otra cosa que es diferente de ello. Esta reacción podemos expresarla con las siguientes preguntas: ¿qué es esto (que tengo ante mí)? ¿Por qué existe todo esto? En estas preguntas hay como una incógnita extraña: el mundo, lo real, me provoca a buscar otra cosa; en caso contrario uno no se preguntaría el por qué ni el cómo de lo que existe»⁶. Que esto es así resulta evidente en los momentos decisivos. Pero, atención, lo que importa es cómo reconocerlo en la experiencia. Hace algunas semanas una persona daba este testimonio en una Escuela de comunidad: «Antes que nada quiero decir que no soy del movimiento. Soy un amigo de Eluana, uno de esos famosos cuatro amigos que tenían que declarar en el proceso, aunque mi testimonio no fue finalmente escuchado. En todos estos años he hablado a menudo con el padre de Eluana: como en su día su hija le dijo que yo era un buen amigo, siempre me ha querido hacer partícipe de todas las cosas. Ante un hecho así, mi primera reacción fue como la de todos: tenía 21 años, porque tengo un año menos que ella, y la primera reacción fue la de la fuga. Después la realidad vuelve, porque Beppino Englaro me ha buscado muchas veces con insistencia y me ha puesto ante esta realidad. He visto que la Iglesia y el movimiento han subrayado siempre la buena fe de Beppino... Y esto es cierto. Cuando hablo con él, me plantea un problema jurídico que provoca un corto circuito incluso para un abogado como yo, porque la objeción que él te hace es ésta: “La famosa señora María, que tenía gangrena en la pierna, pudo rechazar las curas, como prevé la Constitución. Eluana está en una condición mucho peor, porque no puede expresar su pensamiento. Y entonces a ella no se le permite”, o por lo menos, no se le había permitido hasta que el Tribunal de Casación intervino [...]. Pero hay otra cosa que me ha producido y me

produce todavía dificultad. Yo fui a menudo a ver a Eluana, sobre todo al principio. La sensación es la de hablar con una persona que no te escucha, que no te oye. Últimamente he ido a verla y le hablo, pero en el momento mismo en que le hablo, una parte de mí se siente estúpida, en el sentido de que no estoy convencido de hablar con una persona que me pueda oír... Sólo pongo ante vosotros el testimonio de una persona que la conocía cuando estaba bien, que ha vivido la batalla del padre, que se ha enfrentado a posiciones distintas [...] y que ante este tema siempre se ha preguntado: ¿es esto vida? Porque el problema es éste, el problema que me planteaba yo como católico, ante algo que forma parte de mi vida, que me ha impactado de forma tan evidente, es: ¿es esto vida? Sin embargo, ya he resuelto la pregunta, porque en el momento en que salió la sentencia del Tribunal de Casación dejé mi papel de abogado, dejé el papel de la persona que puede estar a la izquierda o la derecha, ser católico o no, y me dije para mí: pero ¿tú lo harías verdaderamente [desenchufarla y dejarla morir]? Y la respuesta fue: No, yo nunca sería capaz de hacerlo. Y entonces, tal vez, si una persona mira dentro de su corazón y siente que no sería capaz de hacer esto, tal vez es porque esa forma de vida, en este nivel tan mínimo de conciencia [...] es en cualquier caso un misterio, una vida que existe, es de todas formas algo misterioso. Y yo, como hombre, no sería nunca capaz de suprimirla»⁷.

Una cosa es ver las cosas desde fuera de la experiencia y otra muy distinta cuando se tiene experiencia de ellas, una experiencia que nos afecta hasta el fondo. Así es como se desvela la realidad, como nos ha enseñado siempre don Giussani: «la realidad se hace transparente ante nosotros no cuando la miramos desde fuera, porque la realidad no es como una película fotográfica, sino que me aferra, desvelando su significado. El significado de las cosas entra en nuestra vida a través del signo. La sensibilidad que nos hace percibir todas las cosas como signo es la tranquila verdad del ser humano».

En este último período muchos hechos (desde el trabajo que hemos realizado sobre la Escuela de comunidad o el caso de Eluana, hasta las cuestiones de la Universidad) nos han provocado a vivir con seriedad la vida, como este amigo cuya intervención acabo de leer, y

me impresiona pensar que el Misterio nos educa precisamente a través de estas cosas. Y, ¿cómo nos educa? No lo hace dando explicaciones sobre el Misterio, sino haciendo suceder las cosas, es decir, nos educa a través de la realidad. En este tiempo la realidad nos ha provocado de muchas formas, pero podemos vivir esta realidad —como hemos visto— con actitudes muy distintas, porque siempre está por medio la libertad, nuestra actitud ante ella. Nadie es neutral ante la realidad, todos toman una posición, todos están obligados a tomar posición, todos se sorprenden viviéndola de una forma o de otra.

Nos contaba una amiga cómo había vivido las movilizaciones al comienzo del curso escolar. «Yo —decía— empecé el curso con una espera y también con un gran ímpetu, como no me pasaba desde hacía años, por todo lo que he vivido este verano ante testimonios impresionantes, y por una serie de circunstancias favorables que se daban en mi instituto (llegaba una amiga mía, he hecho amistad con un chico estupendo, las clases que me habían tocado me gustaban mucho). Pero después de un mes, empezó la autogestión y la ocupación de mi escuela, y me vi como contrariada, con un fuerte resentimiento porque las cosas no iban como yo quería, como yo había previsto, y esto me afectó, porque me di cuenta de que mi enfado por lo que sucedía era una posición política, ideológica, no era na posición original. Como todos. Y cuando somos como todos estamos en minoría, y por eso mismo arrinconados. El drama para mí no era estar arrinconada, sino que se trataba de un rincón que no era mío, de forma que durante dos semanas me costó mucho ir a clase. Después sucedieron algunos hechos. Me llamó la atención como una amiga mía se movió en la escuela de forma completamente distinta de mí, pero sobre todo me impresionó la corrección que recibí de la Escuela de comunidad, porque me di cuenta en esa circunstancia de que la forma de mi desobediencia, la forma normal de mi desobediencia ante la realidad es fingir haber comprendido lo que sucede, es decir, yo no digo como la gente: “Jesús está loco”, ante Su pretensión, sino que digo: “sí, sí, ya lo he entendido”, en el sentido de que hay un discurso que es un conocimiento falso, que elimina el dato, y la consecuencia es que estoy siempre enfadada». Y yo le preguntaba, en la conversación que tenía con ella: «pero, ¿qué falla en el método que usas?».

Ella me decía: «No aceptar que yo soy Tú que me haces». Le respondía: «Pero antes incluso del “Tú que me haces”, antes incluso, el error está en el hecho de que no te importa lo que está sucediendo». «Sí – me respondía– estaba enfadada y con ello justificaba mi desinterés». Y yo le decía de nuevo: «No, antes de estar enfadada, pasabas de lo que sucedía ante ti, porque el enfado es una consecuencia».

Sí, amigos, todo empieza ya en el primer impacto con la realidad. Para nosotros muchas veces la realidad no es algo que nos introduzca en el Misterio, no es algo que nos introduzca en un recorrido de conocimiento a través del cual yo puedo conocer lo que estoy buscando, el Misterio, el significado de la realidad, el fundamento. Muchas veces, lo que queda de nuestra pertenencia al movimiento es un discurso que hay que pegar a la realidad («he comprendido»). Pero esto, ante determinadas circunstancias como el caso de Eluana, no funciona.

Hace algunas semanas me invitaron a un encuentro sobre nuestro manifiesto. Sentado junto a mí estaba el responsable de la comunidad de Lecco, que es hijo de Gianni, una persona de CL que vive en la misma situación que Eluana, prácticamente en la habitación de al lado. Tiene la misma enfermedad, y el hijo empezó nuestro encuentro haciéndome esta petición: «Quería que me ayudaras a mirar, a entrar dentro de la circunstancia que tengo que vivir». Y yo le respondí enseguida: «Sí, este es el punto de partida decisivo: si uno se deja provocar o no por lo que sucede, porque se trata de una forma de mirar la realidad hasta el fondo». Es lo mismo que estamos viendo ante el caso Eluana, como diré enseguida, porque negar esta condición de signo es negar el Misterio, y por tanto es negar la realidad. Porque, ¿cuál es nuestra gran tentación? Es el racionalismo, es la reducción del signo a apariencia, que estrangula la realidad dentro de nuestra medida. «La gran tentación del hombre es agotar la experiencia del signo, de algo que es signo, interpretándola sólo en su aspecto inmediatamente perceptible. [...] Cierta actitud del espíritu hace más o menos esto con la realidad del mundo y de la existencia [...]: acusa el golpe, pero ahí se detiene la capacidad humana de adentrarse en la búsqueda del significado, a lo cual la inteligencia se ve impulsada innegablemente por su relación con la realidad

misma»⁸, porque la inteligencia humana no puede toparse con algo sin percibir que es signo de otra realidad.

Pero nosotros experimentamos constantemente esta tentación. Me escribe uno de vosotros: «A pesar de lo que veo suceder ante mis ojos, yo me detengo». Acusa el golpe, pero detiene su capacidad de adentrarse en la realidad, se queda parado. Nosotros, como muchos contemporáneos nuestros (porque hemos nacido en una circunstancia histórica precisa), tenemos un concepto de razón como medida, y cuando la realidad nos desafía más allá de esta medida abandonamos; de esta forma la razón —que es la energía con la que penetramos y nos adentramos en el significado— se ve reducida, mutilada, está como separada de su motor afectivo, que es el deseo de descubrir la verdad. Si sucumbiéramos y renunciásemos a adentrarnos en el significado, nos ahogaríamos. Lo vemos en muchos compañeros que parecen haber hecho la opción de una vida más fácil, no dejándose impactar por la provocación de la realidad. Mirad vosotros si vuestros compañeros viven mejor: ¡observadlo! No tengáis miedo de mirar: mirad si para ellos la vida, vivida de esta forma, es más plena.

¿Cómo actúa el Misterio? ¿Cómo hace para luchar contra esta medida que nos ahoga, que hace de la vida una tumba? ¿Cómo nos cuida el Misterio? El Misterio viene a nuestro encuentro a través de la realidad. Lo pensaba con respecto a Eluana: si uno mira sólo aquello que aparece, como hacía nuestro amigo abogado, la reduce inevitablemente, pero cuando la realidad le apremia, no dejar de reconocer el Misterio: esa provocación le ha hecho reconocer el Misterio. Y por este motivo no puede ser manipulada, no puede ser reducida a aquello que palpo, que toco. Debemos tener esta posición ante la realidad, porque si no ejercemos una violencia. Cuanto más se deja uno impactar por el significado, por la realidad tal como es, tanto más se da cuenta de que el yo —como siempre decimos— es relación con el Misterio, que no puede ser reducido a los factores antecedentes (biológicos, psicológicos o sociológicos).

Nuestra actitud, como siempre, es decir: «Ya lo sabemos». En cambio el Misterio hace saltar nuestra medida y nos provoca. Es una lucha que Él establece con nosotros para hacernos respirar, para abrirnos cada

vez más a Sí. ¿Cómo lo hace? El Misterio desvela el significado haciéndonos vivir intensamente la realidad. El Misterio nos cuida, muestra su ternura por nosotros, abriendo constantemente nuestra cerrazón, nuestra medida. Esta es la lucha encarnecida que el Misterio ha comenzado con cada uno de nosotros. ¿Por qué? ¿Por qué la ha comenzado? ¿Porque no nos quiere, o justamente para que no renunciemos nunca al deseo de plenitud, a la exigencia de significado, sin la cual nos falta el aire? Y nosotros muchas veces nos resistimos ante esta lucha encarnizada, nos resistimos a dar prioridad a lo que el Misterio hace. Menos mal que el Misterio no me da tregua, no me deja pararme en mi medida, no me deja ahogarme en mi interior y me llama. Pero ante esta llamada, ante la modalidad con la que el Misterio me provoca y me desafía a través de la realidad, yo tengo que decidir, me veo obligado a decidir, como se ve en muchos de vuestros testimonios.

«El título de estos Ejercicios es increíble –me escribe uno de vosotros–, describe lo que he vivido de forma dramática en este comienzo de curso. Después de las estupendas vacaciones de verano de la comunidad me fui algunos días con unos amigos de Medicina. Por fin unas vacaciones relajadas, pensaba. Pero no fue así. Mi padre me llamó desde Milán para decirme que el tumor que tenía mi madre había crecido y su estado había empeorado, hasta el punto de tener que ingresarla en el hospital. Tuve que volver. El mes de septiembre ha sido durísimo, todo parecía estar en contra mía, en contra de mis esperanzas y de mis deseos. Los resultados de las pruebas empeoraban, la terapia no funcionaba, mi padre estaba cada día más enfadado, mi madre no podía hacer casi nada por el agotamiento y yo no conseguía hacer bien lo que tenía que hacer. Pero para mí lo más increíble ha sido reconocer que el Misterio más grande y evidente, en medio de este caos, era el deseo de vivir que tenía mi madre, incluso en su situación, con una vitalidad desbordante, siempre acompañada por un constante, puntual y a menudo sufrido “sí” a todo (a las operaciones dolorosas, a las decisiones difíciles, a las malas noticias, en resumen: a la realidad), como si fuese su respuesta a la llamada de Uno que le había prometido todo».

Esta es la decisión, amigos: o la realidad está en contra mía, o es la llamada de Uno que me ha prometido todo. Como nos ha testimoniado

Damiano, el chaval amigo nuestro muerto en octubre en Treviso. Escribe su novia: «Lo que más me impresionaba de Damiano era la conciencia de que la enfermedad era para él, y no contra él. Él la vivió como una ocasión para ir al fondo de todo lo que había recibido. El esfuerzo era mucho, al igual que el sufrimiento. Damiano aceptó todo lo que se le venía encima, verdaderamente ofreció todo».

Cuando uno se deja provocar por la realidad y no pone freno a la capacidad humana de adentrarse en busca del significado, la percibe como un bien, no como algo que está en contra suya, sino como algo que le abre a Otro. En estos tiempos muchos habéis experimentado que la provocación de la realidad, que puede acabar en un enfado continuo, es en cambio lo que hace preciosa a vida.

Me escribe Lorenzo: «Últimamente me he visto muy provocado por las cosas que están sucediendo [¡la realidad nos provoca!], desde la problemática con la escuela al caso Eluana, del que, habiendo seguido todo el itinerario de su historia, he querido saber más. Era un tema que me interesaba, porque he visto que si te dejas provocar por las situaciones que se te ponen delante, la vida está mucho más viva, se hace más grande. Me gustaría estar ante las cosas sin anteponer mi medida, porque reconozco que en todo pongo mi medida. No sé si es una pretensión, pero quiero que en cada instante de mi vida me suceda algo que me haga ver las cosas tal como son».

O como me escribe Carlo: «Las protestas universitarias de estos meses nos han provocado a todos; como muchos otros compañeros de estudio, tampoco nosotros hemos sido ajenos a la violencia de las protestas. La primera vez que repartimos el manifiesto, un extraño complejo de inferioridad puso de manifiesto nuestra posición implícita. “Y nosotros, ¿qué hacemos? ¿Repartimos un papel y ya está? Pero repartir un manifiesto no cambia las cosas”. Nos dimos cuenta de que razonábamos como todos, de que pensábamos como lo hace el mundo, afanados en defender una posición entre otras. Pero, aunque se diera el caso de que la universidad fuera perfecta, ¿estaríamos nosotros contentos? Esta pregunta me devolvió el aliento [basta con plantear la pregunta adecuada, es suficiente con no dejarse constreñir por una medida, y uno empieza enseguida a respirar] al darme

cuenta de la inteligencia con la que enseguida empezamos a movernos, como el encuentro organizado en el Aula Magna de la Estatal con el rector y dos senadores, ante dos mil estudiantes, atentos y en silencio desde el comienzo hasta el fin, con un orden que impresionó incluso a los técnicos de sonido [¡esto es lo máximo!]. Empezamos el acto con un canto de Chieffo, *L'Opera*, que expresa el motivo por el que me he movido en estos meses. No me interesa ante todo la política, me interesa mi humanidad, la universidad, la plenitud de vida que he encontrado en el movimiento, y por tanto me interesa también la política. Cantar libremente ante el rector y los profesores fue el signo de la conciencia renacida de lo que me ha sucedido con Cristo [cualquier cosa menos complejo de inferioridad: ¡esto es lo que nos permite entrar en toda la realidad!]. De aquí nace una gratitud que hace que esté contento y que me sienta victorioso independientemente del resultado. Un espectáculo desconocido para el mundo. El rector comentó: “Verdaderamente gestos como estos sólo los hacéis vosotros”. Un profesor de Filosofía, declaradamente de extrema izquierda, dijo al terminar: “Viendo lo que ha pasado hoy dan ganas de entregaros a vosotros la universidad”, añadiendo después, para suavizar la cosa: “¡Es broma, ¿eh?!” ... pero el impacto lo había experimentado». Un instante después llega el cinismo y le bloquea, pero le gustaría. Es real, es evidente: para captar una humanidad distinta, que corresponde, no hace falta ninguna explicación. Estos ateos, o los que están en la posición totalmente contraria, ¿son visionarios o existe esta humanidad distinta? Esto es lo que desafía a nuestra razón, tenemos que dar razón de esta diversidad: ¿es real o se trata de un credo? Lo perciben hasta los que están en el otro lado, esos a los que no les interesa darnos ni un mínimo de razón... «Pero es tan imponente que basta con mirar. No hace falta formar parte de una extraña asociación para darse cuenta de lo que sucede [podemos decir: no hace falta pertenecer a un credo particular para darse cuenta de lo que sucede]. Estos profesores, como muchos amigos a los que hemos conocido hace poco, son la prueba de que basta con mirar. A veces ellos lo ven mejor que nosotros. He entendido un poco más qué quiere decir que no tenemos patria. No nos movemos

por una idea o por un valor. Aunque en algunos momentos estemos del lado del rector, no somos del rector, aunque a veces estemos con el ministro, no somos del ministro. Nuestro criterio para movernos en la realidad no es un partido, no pertenecemos a una idea, sino a Cristo a través de la vida del movimiento, y esto genera una correspondencia que experimenta sólo quien vive, sólo quien se pone en juego en la realidad. Cristo nos sorprende sólo ahí, en la realidad, si nos arriesgamos a verificar en ella».

Escribe también Alberto: «El esfuerzo y la batalla de cada día me hacen llegar al fondo de mí mismo, al fondo de allí donde no hay nada para enredarse, nada para distraerse, nada que me interese más que mi corazón despojado de todo, desnudo ante la realidad. Nunca había llegado hasta aquí. Con esta conciencia he empezado el trabajo». Por eso se exige una apertura de la razón, «es preciso ante todo retomar cordialmente la palabra “razón”, que es la palabra más confusa del pensamiento moderno»⁹; es preciso un concepto de razón que no esté bloqueado, una razón completamente revestida de afecto, porque la razón no puede actuar sin eso que se llama afecto: la condición para la realización sana de la razón es el corazón. «La condición para que la razón sea razón es que la revista la afectividad y, de esta manera, mueva al hombre entero»¹⁰.

2. UNA PRESENCIA AFECTIVAMENTE ATRACTIVA

¿Qué podía facilitar una realización sana de la razón, es decir, que la razón estuviese revestida de esta afectividad? Hacía falta que el Misterio se hiciese tan carnal, una presencia tan afectivamente atractiva que imantase todo nuestro yo, toda nuestra razón y nuestro afecto. Dios ha entrado en la vida del hombre según una forma humana, de modo que el pensamiento y toda su capacidad de imaginación, el afecto y toda su fantasía se vieran imantados. Y ¿cómo hemos sido atraídos? A través de la presencia de una humanidad distinta, en donde nosotros hemos podido tener experiencia de una correspondencia única, una intensidad de vida que nunca hubiéramos imaginado.

Veamos lo que hace Jesús. ¿Por qué ha entrado en la historia, atrayendo nuestra razón, nuestro afecto, imantándonos por entero, con

toda nuestra persona? Lo hemos leído en la Escuela de comunidad, pero si lo releemos un momento juntos podremos comprender de nuevo cómo se preocupa Él de nosotros y nos educa. Jesús tuvo piedad de la gente que tenía ante sí porque estaban perdidos, como ovejas sin pastor, y empezó a hablar por piedad hacia su necesidad. Pero después de dos o tres días con Él, se dio cuenta de que no habían comido, y entonces Jesús realizó la multiplicación de los panes, y la gente se quedó muy reconocida y agradecida, hasta el punto de que «iban a llevárselo para proclamarlo rey»¹¹. Pero Él se va de allí. Es precioso cómo se mueve Jesús. Habría podido contentarse con eso, le habían reconocido. En el fondo, ¿no era eso lo que quería? Pero Jesús no les toma el pelo, y sabe muy bien que el hecho de haberles saciado no basta para vivir. «Jesús dijo: “Vuestros padres fueron saciados con el maná, pero luego murieron. Yo os traigo un maná, un pan, que quien coma de él ya no morirá” [si no coméis este de este pan, de estas palabras mías, no podéis vivir]»¹². Y de nuevo Jesús habría podido pararse ahí, pero sabe que ni siquiera esto puede bastar. «Os aseguro, que si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros»¹³: y desafía completamente la medida de su razón.

¿Por qué les ha desafiado de forma tan poderosa, hasta llegar a decir algo que les parecía una locura? ¿Porque no les quiere? Imaginaos... Cuando Jesús dice por qué ha venido, que es la pasión por el destino de cada hombre, no cede –hemos estudiado en la Escuela de comunidad–, insiste, no cede, y no atenúa el carácter incomprensible de lo que dice. La mayoría se marchó diciendo que estaba loco, pues todo lo que decía estaba más allá de su medida. En cambio los discípulos se quedaron, pero ni siquiera a sus amigos más amigos les ahorró el desafío (habría podido contentarse: se quedaron, ¿qué más quería?): «¿También vosotros queréis marcharos?»¹⁴. Esto es un amigo. ¿Por qué es un amigo el que te hace una pregunta así? ¿Por qué Jesús se mostró amigo de los discípulos? Jesús habría podido ahorrarles esto, pero se habrían quedado como nos quedamos nosotros muchas veces: sin hacer el trabajo, sin darnos cuenta en el fondo de por qué permaneceremos. En cambio, al desafiarles les obligó a dar razón de su permanencia, les obligó a darse cuenta de esa correspondencia que habían

experimentado: sólo Él tiene palabras que corresponden al corazón, que dan sentido a la vida. Porque la razón es descubrir la correspondencia entre lo que uno dice de la realidad y la exigencia que el corazón tiene sobre la vida. Cristo hace brotar esa evidencia de la verdad, que se manifiesta en nuestra experiencia por la correspondencia experimentada. Pero, atención: correspondencia experimentada, nada de elucubraciones, nada de visiones: correspondencia experimentada. Para poder dar razón de esa experiencia, hay alguien que me corresponde como ningún otro, existe —¡y vaya que si existe!—, y todo grita en mí esa correspondencia: existe. Jesús quería que sus amigos se dieran cuenta de esto, y les obliga a sacarlo desde sus entrañas, desde cada fibra de su ser: marcharse de Su lado es perder lo mejor que ha sucedido en la vida, ¡hasta tal punto es real esta experiencia! Basta con una lealtad sencilla. No hace falta ninguna filosofía, basta con dejarse desafiar —como hace Jesús— a tomar conciencia de esto. ¡Decidme si esto es de visionarios! ¿Por qué se fueron los otros? Porque su medida se había convertido en criterio último: no su experiencia, sino su medida, su capacidad de comprender, su concepción de la razón como medida. Los discípulos, en cambio, se habían visto imantados por un afecto que impedía que su razón se convirtiese en medida. Como hemos dicho, el corazón es la condición para que la razón se realice sanamente. La condición para que la razón sea razón es que la afectividad la revista, no la cierre, y pueda de esta forma mirar todo lo que existe, no lo que no existe, sino lo que existe, pero que uno no ve sin esta apertura del afecto.

Esta fue la gran educación de Jesús: Jesús no se rindió, no cedió, no atenuó ni siquiera un poco para hacerles comprender lo que había sucedido, y les obligó a situarse ante la pregunta y a sacar a la luz la evidencia de la correspondencia. Y eso tuvo dos consecuencias para ellos.

Primera: un incremento del yo. Hizo crecer a sus discípulos en la autoconciencia de quién era Él y de lo que les había sucedido a ellos. No les dejó perderse en la distracción, como si se olvidaran, sino que se hizo su amigo, es decir, se reveló como Aquel que quería defender esa correspondencia mucho más que ellos mismos, un luchador encarnado en la defensa de lo que ellos habían vivido, porque Jesús no teme

desafiarnos; quiere traernos algo mucho más grande que lo que tenemos en nuestra cabecita, en nuestra medida pequeña. Porque si Jesús no les hubiese desafiado, tal vez se habrían quedado, pero más frágiles, más inconscientes, menos conscientes. No es amigo aquel que nos consuela; aunque lo hagamos entre nosotros, no somos amigos haciendo esto. Lo que Cristo aporta a la vida es algo más.

Segunda: la introducción en el significado de la realidad. Sin este significado, la realidad se perdería cada vez más. Sin embargo, los discípulos pudieron entrar poco a poco en el significado de todo. Nosotros, por el contrario, cuando nos encontramos ante algo que supera nuestra medida, pensamos que se trata de una contradicción. No, la realidad no está en contradicción con el Misterio, como podéis ver; que Jesús actúe así no está en contradicción con el Misterio; es precisamente eso lo que nos introduce en el Misterio, lo que permitió a los discípulos no permanecer esclavizados de su medida.

Si la fe no es para nosotros este recorrido de conocimiento, cuando el Misterio nos desafía más allá de nuestra medida, nosotros nos perdemos como los demás, como la multitud: se marcharon, se perdieron lo mejor. ¿Por qué se quedaron los discípulos? ¿Porque comprendían mejor? No. Porque estaban apegados a Él, habían hecho un recorrido, habían convivido con Él, no podían dejarse definir por su medida de comprensión, y así pudieron llegar a comprender mejor. Para ellos, la obediencia a la experiencia que habían vivido era razonable: por eso resultaba razonable quedarse. Es más, el verdadero sacrificio habría sido marcharse, aunque no comprendieran nada: marcharse y perder aquella intensidad, esa relación que introducía en la vida una intensidad y una correspondencia que nunca hubieran imaginado.

Esta es la gran revolución que ha introducido Jesús al hacerse hombre, al traer esta novedad a la historia, que nos permite tener una experiencia de este calibre. ¡Decidme si esto es ser visionarios, o es algo que está presente en las entrañas de la vida de todos los que estamos dispuestos a entrar en esta experiencia! ¡Pensad cada uno de vosotros si sois visionarios cuanto tenéis esta experiencia, si la podéis generar vosotros mismos, si es una producción vuestra, si es la creación de vuestro credo! ¡Pensadlo! Es aquí donde nos damos cuenta de que nos

hemos topado con Alguien distinto de nosotros y de que podemos reconocer Sus rasgos inconfundibles.

Nosotros no tenemos miedo de esto, ni ayer ni hoy. Después de haberse sentido libre en una situación complicada, escribe Luca: «¿Quién me hace libre ante las cosas? ¿Quién llena mi corazón de gratitud? Cristo es una presencia que se me impone». O Marta, que dice: «He empezado a apasionarme por la realidad». O Angelo: «No tengo miedo: hay Otro que está actuando». Debemos mirar todo esto. El punto de partida es la evidencia de lo que sucede: hechos, hechos que testimonian una sobreabundancia, que se ve en esa humanidad distinta que tenemos ante nosotros, que tiene como característica más evidente una consistencia (como habéis experimentado en estos últimos tiempos, en una situación en la que todo se desmorona y de la que todos pasan). Por eso el punto de partida es siempre el dato. Para no partir de ahí tendríamos que negar estos hechos. En cambio, el punto de partida no son nuestros pensamientos, las imágenes, los sentimientos, sino estos hechos: algo que se da antes, que no creamos nosotros, pero que es tan real, tan poderosamente real que, si no lo reconocemos, nos vemos obligados a negar un factor de la experiencia. Lo reconocen hasta los “ciegos” que están junto a nosotros, y eso me impresiona, porque justamente ellos, que están a nuestro lado, reconocen la imponencia de algo que nosotros, tontos, consideramos abstracto. Pero, si es tan abstracto, ¿por qué los que no creen lo reconocen? Si es algo inventado por nosotros, ¿por qué los demás lo reconocen, por qué los demás que quedan impresionados por ello? ¿Acaso son también ellos visionarios? ¿Somos todos unos visionarios? Tal vez sea más fácil decir que existe, que existe de forma evidente, como un factor de la realidad. La demostración de la presencia de Cristo en la historia es una humanidad diferente.

Pero, ¿por qué nos cuesta tanto reconocerlo? Lo dice don Giussani en *Uomini senza patria*: «La multitud se quedaba impresionada porque la palabra era verdadera, y la verdad lleva consigo su propia evidencia. Pero la disipación era inmediata; la multitud le seguía incluso por pasión de escucharle, pero sin comprometer el fondo de su propia alma»¹⁵. Y esto es lo que Jesús, por amor a nuestra vida, no nos permite

hacer; y si uno quiere estar aquí de esta forma, tampoco nosotros se lo permitiremos. Hace falta que la razón se comprometa afectivamente. No basta con que uno se quede aquí porque no tiene otra cosa que hacer. ¡No, se queda desafiando la razón, dando las razones!

3. UN VÍNCULO QUE VENCE CUALQUIER OBJECCIÓN

Existe una objeción radical que nos planteamos muchas veces. Porque cuando nos encontramos ante una presencia afectivamente atractiva todo va fenomenal, ¿no? Pero cuando nos toca el dolor... No ponemos en discusión la existencia del Misterio, pero cuando el Misterio nos desafía más allá de nuestra medida, de la capacidad de nuestra razón, empiezan a asaltarnos ciertos pensamientos, que no quiero pasar por alto sin mirarlos antes de frente. ¿Cuál es el contenido de la palabra seguir? Para comprender el contenido de la palabra seguir es necesario mirar a Simón y a los demás que se quedaron con Él. «Se quedaron con Él. Fijaos: no [solo] se pusieron de su parte»¹⁶. Porque cuando llegó la crisis, la prueba, se vio quién estaba verdaderamente apegado a Él. La multitud, como no tenía esto, no pudo resistir y Le abandonó.

Para comprender qué quiere decir seguir es necesario identificarse con Jesús: «Tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús»¹⁷. Y ¿qué vemos en Jesús? Para comprenderlo partamos de lo que hicieron los discípulos. Cuando llegó la Pasión también ellos Le abandonaron. ¿Por qué? Porque el gran problema del mal es que nos hace daño. Y ¿cuál es el daño que nos hace el mal? ¿De qué forma hace daño el mal, el dolor, el sufrimiento? Podemos verlo: basta con que uno entre nosotros nos hiera en la relación con él, y enseguida experimentamos una distancia con respecto a él. ¿No es cierto? Comenzamos a sentir la separación. Este es el daño que nos hace el mal, ¿entendéis? Y ¿cómo nos damos cuenta de ello? Porque, en cuanto el mal entra en nuestra vida y supera nuestra medida, se introduce una cierta desconfianza, una sospecha radical hacia la bondad del Misterio. Nosotros no tenemos problemas con la existencia del Misterio, pero, llegados a un punto, cuando llegan esas circunstancias... La introducción de esta sospecha es el daño más profundo que produce el mal.

Estos días he tenido ocasión de leer por casualidad una entrevista al marido de Terry Schiavo, la joven que fue dejada morir en Estados Unidos. El marido decía que, a medida que los días y los años corrían iguales, el sentimiento de vacío era devastador. He aquí el daño que hace el mal: el sentimiento de vacío es devastador. No existe un dolor mayor. También nosotros experimentamos esto. Dice una de vosotros: «Muchas veces, ante las cosas difíciles se insinúa una sospecha: pero, ¿acaso me quiere todavía el Misterio?». También otro dice: «Me doy cuenta de que necesito mirar la realidad hasta el fondo, de que necesito ver que las cosas que suceden se han puesto ante mí para mi felicidad, para mi realización; necesito ver que no hay nada que suceda sin una justicia, sin una razón, una razón que tenga que ver conmigo».

¿Por qué, aunque las situaciones dolorosas no cambien ni se resuelvan, no se trata todo de un gran engaño? ¿Qué significa que el dolor y la prueba son el modo a través del cual el Misterio se hace presente? Para responder a esto debemos identificarnos con la modalidad con la que Jesús vivió esto, porque a Él no se le ahorró el mal: Jesús sufrió el mal. Pero, ¿cuál es la diferencia? Que en Jesús no venció la sospecha. ¿Por qué no lo hizo? Esta es la cuestión. Nosotros pensamos que no venció porque Jesús era mejor, Jesús podía hacerlo porque tenía más valor que nosotros, porque tenía más energía... En el fondo: porque era Dios (reduciendo así a Jesús a un estúpido moralista, a un kantiano encarnado que tenía más energía para no dejarse vencer). Y esta es la concepción que al final se impone: que la obediencia, en el fondo, es esta capacidad última que nos permite permanecer apegados. Daos cuenta de que ya hemos llegado al núcleo: en la Escuela de comunidad hemos partido de la fe como conocimiento, cuyo test es la libertad como satisfacción; han bastado tres capítulos, y hemos vuelto de nuevo al viejo esquema, es decir, al cristianismo como moralismo, ¿comprendéis? No hace falta mucho, y esto se ve por la forma en que concebimos a Jesús: Jesús era mejor, y por eso pudo actuar así. Nosotros, como no somos tan estúpidos como Él, cuando llegan estas cosas nos rendimos. Sería una lástima que saliésemos de la Escuela de comunidad sin haber cambiado nuestro concepto de obediencia.

En realidad, el mal no fue capaz de vencer a Jesús porque no fue capaz de romper el vínculo que Jesús tenía con el Padre, de cortar la relación que Jesús tenía con el Padre. En Jesús no venció la sospecha sobre la bondad del Padre. En Jesús no venció el moralista, sino el hijo, y en Él la obediencia fue la victoria de este vínculo, la victoria de la filiación, del apego, que es un juicio sobre el Misterio. El mal no introdujo, no permitió que venciera la sospecha. Nosotros, en cambio, queremos apañárnoslas con nuestra energía. Como decía una de vosotros: «El título es: “Es la realidad la que grita que Él existe”, y a mí en cambio me saldría decir: Es la realidad la que grita que “todo es Misterio”. Ante el caso de Eluana, reconozco que es un misterio el hecho de su misma existencia, pero me detengo aquí, no llego a decir que tengo necesidad de Cristo para poder mirar esta situación». No llega a decir que tiene necesidad de Cristo, que tiene necesidad de un vínculo más fuerte que cualquier mal. Sin embargo la obediencia sólo es razonable si vemos que en este vínculo, en esta pertenencia al Padre, reside «el éxito de la vida»¹⁸, porque alejarse de Ti, Cristo, es el verdadero sacrificio. ¿Qué venció en Jesús? Su relación con el Padre, el vínculo, una pertenencia vivida. Sin esto, amigos, nos damos cuenta de que nuestra fe tiene fecha de caducidad en cuanto aparece algo que supera nuestra medida. Terminó leyendo una carta: observad a qué grado de profundidad en la experiencia se puede llegar.

«Querido Julián: mi segundo hijo, Giovanni, ha nacido con una gravísima cardiopatía congénita que nos obligará a realizar un trasplante de corazón dentro de unos años. En julio de este año recibí una llamada imprevista: era Vittoria, una mujer que vive en Roma, embarazada de seis meses. Hacía muy poco tiempo que había descubierto que el hijo que esperaba nacería con una cardiopatía muy similar a la que padece mi hijo. Me comunicó que al día siguiente partiría con su marido hacia Barcelona con el fin de abortar (en Italia ya había superado el tiempo permitido legalmente para hacerlo). Una sobrina de Vittoria que vive en Como y que por extrañas circunstancias conocía mi historia había encontrado mi número de teléfono y le había puesto a su tía en contacto conmigo. En un primer momento Vittoria no quería ni siquiera saber el número de teléfono.

Era demasiado doloroso remover la decisión que ya había tomado y además estaba preocupada por la salud de su marido que en el pasado había sufrido una grave depresión. Un inexplicable “comecome” le obligó a llamarme sin que el marido lo supiera. Hablamos cerca de media hora. Mientras me hablaba comprendí que la cardiopatía de su bebé era más grave de lo que ella misma pensaba y omití voluntariamente decírselo para no poner en peligro la vida del niño. Le conté a mi marido esta conversación. Él con decisión me dijo: “Cristina, ¿don Giussani te ocultó en algo lo fatigoso que es la vida o apostó todo sobre tu libertad? Ayudemos a Vittoria a mirar todos los factores en juego en su embarazo para que pueda tomar su decisión”. Pensamos ponerla en contacto con nuestra cardióloga para que le informara con todo detalle sobre la cardiopatía de su hijo. Le volví a llamar para darle su número de teléfono y preguntarle si le podía llamar al día siguiente para saber qué le había dicho la doctora (también era el pretexto para volver a hablar con ella). Al día siguiente Vittoria me llama y me dice que está en el aeropuerto a punto de salir para Barcelona. Se me heló la sangre. Sin embargo, ella rápidamente añadió: “Hemos comprado el billete también para Alicia (su primogénita), nos vamos de vacaciones. Ya no vamos a abortar”. Es imposible describirte la alegría que me produjo. Le dije que estaba muy contenta de que la cardióloga le hubiera tranquilizado, pero ella me contestó: “La cardióloga no tiene nada que ver, ya lo había decidido después de vuestra llamada: tú has salvado la vida de mi hijo”. Después de varias llamadas de teléfono, surgió el deseo de conocerla personalmente por lo cual, a mitad de octubre, me fui un día a Roma. En un principio, mi marido Sergio y yo dudamos, debido al precio de los billetes para Roma y al sacrificio que conllevaba la organización familiar. No obstante, bastó para decidir el que nos preguntáramos: “¿Cuál es el precio que estamos dispuestos a pagar para obedecer al Misterio de la manera que éste se muestra en nuestra vida?”. No fue necesario mucho más para que juntos recordáramos lo que dice la Escuela de comunidad en la página 110: “¡Jesús fue obediente hasta la muerte! Como la actitud de obediencia de Cristo hacia el Padre, así debe ser la nuestra con respecto a

Cristo. La obediencia define la actitud de Cristo ante el Padre. Cristo reconoce, acepta y se adhiere a la voluntad del Padre de manera que aunque la voluntad del Padre implica su muerte, reconoce que ése es el camino de Su vida. Por esto Dios lo ha glorificado y le ha entregado todo”. Decidimos ir a Roma obedeciendo hasta la muerte de nuestro todavía demasiado burgués uso del dinero y del tiempo libre. En Roma me acogieron como a una reina. Mientras paseábamos por la ciudad pedí a Vittoria que me dijera qué le había persuadido, dado que no me parecía haber dicho nada decisivo. Ella me respondió que le había llamado la atención que yo fuera una mujer feliz y que con mi marido hubiéramos decidido tener otros dos hijos después de nuestro Giovanni, que tiene en estos momentos cinco años. Ella no se explicaba cómo era posible que con un hijo así, gravemente enfermo, hubiéramos decidido no solamente no abortar sino tener más hijos. “Es sencillo –le dije–, teníamos necesidad de decir a Giovanni, sin decírselo, que la vida es un bien. Pero esto él solo lo puede entender si nos ve a mí marido y a mí ciertos de esta bondad. ¿Qué modo mejor que regalarle un hermano?”. Ella añadió: “Esto me ha persuadido”. Después de haber pasado la mañana y parte de la tarde juntos me llevaron al aeropuerto. Piero, su marido, no acababa de creer que yo hubiera ido a Roma sólo para conocerles gastando tiempo y dinero. No paraba de decirme: “pensaba que habrías venido a Roma por tus cosas en lugar de estar solamente aquí por nosotros. Nadie en el mundo haría una cosa así”. Yo le respondí que había una larga lista de amigos que habrían querido estar allí conmigo pero que no habían podido. Una vez en casa, esa misma tarde corrí literalmente a casa de Franco para contarle el día que había pasado en Roma (¡como Pablo, después de tantos kilómetros, yo también debía volver a Jerusalén!). Le conté todo a Franco y me dijo que no había ido a Roma solo en mi nombre sino en el nombre de todos y por eso algunos amigos habían hecho una colecta para pagarme el viaje (250 euros)... ¡Como los primeros cristianos! Agradecida llamé a Vittoria para contarle lo que había sucedido. Le dije que mi abrazo era el de todo un pueblo y ella, sorprendida y conmovida, me pidió que diera las gracias a todos de parte de su marido y suya. Quisiera

compartir contigo otro hecho —éste decisivo—, que me dejó sin habla y ha sido lo que me dijo Vittoria hecha un mar de lágrimas cuando me dirigía a la puerta de embarque en el aeropuerto: “No quiero perderte, tú le has dado la vida a mi hijo”. Yo sonreí pero hubiera querido gritarle: “No soy yo, sino es Él quien nos está entregando en este instante, quien nos ha entregado la una a la otra”. Guardé silencio y sonriendo la miré a los ojos, con una ternura desconocida, y le dije: “No llores”. Durante el viaje en avión, volviendo a pensar en este hecho me encontraba apesadumbrada por no haberle dicho lo que pensaba. En la tarde del día siguiente, estudiando la muestra sobre san Pablo que presenté en la feria “Bérgamo Incontra”, leo en una audiencia del Papa: “Según san Pablo, la vida cristiana implica una identificación de Cristo y de nosotros con Cristo. Pablo escribe: ‘Estamos unidos completamente a Él’, ‘Cristo está en vosotros’, ‘Cristo está en mí’”. Cuando terminé de leer volví a pensar en la escena del aeropuerto y casi sin aliento me vino a la cabeza el encuentro de Jesús y la viuda de Naín: “Mujer, no llores...” y le devolvió a su hijo. Desde ese momento me domina un pensamiento: ¿es posible que Cristo se haya plegado sobre mi nada para hacerme una con Él? ¿Pero quién es Éste que ha tenido piedad de mi nada? ¿Quién es Cristina para que la cuides? ¿Y qué hace Cristo conmigo? Ha decidido molestarse por esta pobre mujer, una nada, una nada absoluta a la que Él ha decidido darle todo, ser una sola cosa con Él. ¡Gratis! ¿Pero quién es Él? ¡Dios mío, qué gratitud! Como de costumbre, el amado me corta la respiración.

Mientras tanto, el pequeño ha nacido, se llama Filippo y tiene ya un mes. Está ingresado en el hospital “Bambin Gesù”. En este tiempo Vittoria ha conocido a Paola, una amiga del movimiento de Roma que tiene seis hijos de los cuales el tercero tiene un autismo severo. También la humanidad y la alegría de Paola están ayudando y confortando a Vittoria y a Piero. No sé qué será de ellos, si alguna vez se enamorarán de lo que a nosotros nos ha enamorado. Pero sí sé bien lo que quiero de mí: loca o equilibrada, enferma o sana, quiero ser de Él, toda Suya... ¡Otra cosa no me interesa!».

ASAMBLEA

6 diciembre, por la tarde

Julián Carrón: Han llegado muchísimas preguntas. Hemos elegido algunas de las más significativas. Empecemos, pues.

Intervención: Soy Maria Laura, de Roma. Ayer, leyendo la carta de una chica, nos decías que aunque pasemos una velada preciosa, siempre termina brotando una tristeza, que es un bien porque es exigencia de significado. Y yo me preguntaba: ¿cuándo termina esta tristeza? ¿Cuándo encontramos el significado? ¿Has encontrado tú este significado? ¿Tienes también tú esta tristeza?

Carrón: ¡Por supuesto!

Intervención: Pero, ¿no es una contradicción? Yo la tristeza no la veo como algo positivo, porque en mi vida yo querría siempre alegría, no tristeza, no quisiera estar triste.

Carrón: Ayudémonos a comprender esto, porque es una pregunta que se plantea muy a menudo, Maria Laura. ¿Por qué sucede la tristeza? Porque nos falta algo, es el signo de que falta algo, ¿no? Un bien ausente. ¿Por qué pasa esto? ¿Por qué después de una velada preciosa puede darse esta tristeza? Porque esta tristeza es el signo de tu grandeza, de mi grandeza: somos tan grandes, estamos hechos de tal manera para el infinito, para la totalidad, que la fiesta no nos basta. Y es lo que a veces nos sorprende, porque es como si quisiéramos que el Misterio nos hubiese hecho un poco menos grandes y pudiésemos contentarnos con un poco menos. Es como si nos entraran temblores ante esa grandeza tan ilimitada y quisiéramos reducirla. ¿Comprendes entonces que esta tristeza es el signo de nuestra grandeza?

Luego, si uno comprende esto, empieza a ver que reconocerlo es un bien, porque muchas veces, si no consigues reconocerlo, puede darse que alguien te tome el pelo diciéndote que lo que corresponde a tu tristeza es una cierta cosa, y otro te vende otra cosa, y así otro y otro. ¿Cuántas veces has ido detrás de cosas que te prometían una

respuesta y te han engañado? Primero aceptamos la reducción –nos convencen de que es mejor reducir la tristeza– y después nos engañan. En cambio, si empezamos a percibirla como un bien, como la capacidad que tengo de juzgar todo, que nadie me tome el pelo...

Intervención: Entonces, ¿debería estar contenta de estar triste?

Carrón: No, deberías empezar a juzgar –la felicidad llega cuando Dios quiere–: empieza a juzgar, empieza a reconocer que cuando te ofrecen una respuesta que no es razonable porque no responde a la grandeza de tu exigencia, tú tienes la claridad suficiente para no ir tras ella.

Pero si nos hemos encontrado con Cristo, dices, si hemos encontrado el significado, ¿qué sentido tiene esta tristeza? ¿Qué sentido tiene para mí esta tristeza? Esta tristeza, esta insatisfacción, que es una insatisfacción distinta, tiene el sentido de desafiarnos a buscar el significado. Pongo siempre el ejemplo de la nostalgia. Una persona que está enamorada siente nostalgia por la persona amada, ¿no?

Intervención: Sí.

Carrón: Sí. Esta nostalgia, ¿es negativa o positiva?

Intervención: Es positiva.

Carrón: Es positiva: le falta algo, ha encontrado a la persona amada y siente nostalgia. Es positiva. ¿Te gustaría estar enamorada y no sentir esta nostalgia?

Intervención: Querría decir que no estoy enamorada.

Carrón: Muy bien. Esto es lo que me pasa a mí con Cristo. Por eso no me interesa un tipo de relación que no tenga dentro la nostalgia de Cristo, esa tristeza que enciende en mí el deseo de encontrarme con Él cada vez más. Y entonces, cuando siento la tristeza es como la nostalgia. ¿Por qué siento esto? Porque me faltas Tú, Cristo, y yo Te doy gracias por ello, porque sin esta tristeza, sin sentir Tu falta, sin sentir nostalgia de Ti yo no viviría. ¿Me explico?

Intervención: Está claro.

Carrón: Si el punto de partida es una abstracción, no se entiende; si es una experiencia, se puede entender. Si tú partes de la experiencia, comprendes estas cosas. Y esto pone de manifiesto que muchas veces nuestra razón funciona al margen de la experiencia cuando, en realidad,

a nadie le gustaría prescindir de esta nostalgia, porque es la posibilidad permanente de una relación, de que yo me dé cuenta siempre de Cristo.

Y decía que esto es distinto en el caso de una persona que está sola, que no ha encontrado una respuesta, un significado. Porque para uno que ha conocido a Cristo, esta tristeza es abrazada por Su presencia, y por tanto no está en contradicción; ha sido completamente abrazada, y lo que queda es porque el Señor me quiere llevar más allá, más allá de la plenitud que he alcanzado, para darme una intensidad cada vez mayor, para llenarme cada vez más. Si queréis contentaros con menos, es vuestro problema, yo no tengo nada que ver, no me interesa.

Intervención: Soy Gabriele, vengo de Roma y estudio en la Sapienza. Has dicho hoy, hablando de la profesora del liceo, que la desobediencia consistía en pasar de lo que estaba sucediendo. Con respecto a la ocupación de mi facultad, me he implicado mucho en la relación con mis compañeros de curso, he participado también en las asambleas que hacía el colectivo; con los amigos del movimiento hemos escrito incluso un manifiesto de juico contra el bloqueo de las clases, es decir, no he pasado. Pero, a pesar de todo esto, estaba muy enfadado. Entonces me pregunto: ¿qué quiere decir comprometerse, qué quiere decir implicarse?

Carrón: Muchas veces nos sucede, como decía esta mañana, que en vez de dejarnos impactar por la realidad, que nos reta a buscar un significado, decimos: «He comprendido y ya no me interesa», porque tenemos ya la respuesta. Muchas veces tenemos ya una respuesta prefabricada. ¿Qué sucede entonces? Que cuando es así la gente no tiene interés alguno por nuestras respuestas construidas ideológicamente. Como decía la profesora: la consecuencia es un gran enfado. Yo digo: gracias a Dios, amigos, porque tampoco a nosotros nos bastan respuestas prefabricadas, como si el cristianismo, lo que queda del cristianismo, fuese un discurso que conocemos bien, y llegamos hasta ahí; soltamos nuestro discurso y podemos no hacer las cuentas con la realidad. No nos sirve, porque la gente se aleja de esto cada vez más. Entonces nosotros nos quedamos con nuestro discurso correcto, los demás nos ignoran y esto produce en nosotros un enfado cada vez

mayor, porque estamos cada vez más excluidos. Es fundamental comprender esto, pues si no es así contribuiremos a incrementar el partido de los enfadados. Son muchos los cristianos que están enfadados por un mundo que se desmorona ante sus ojos: «¡A nosotros, que tenemos razón, nadie nos hace caso!». No en vano Jesús se hizo carne (no envió un discurso por correo, podía habernos mandado las instrucciones por correo), se hizo hombre para mostrarnos con su compañía cómo vivía Él la realidad.

¿Habéis escuchado esta mañana la preciosa carta de Cristina? ¿Qué es lo que convenció a su amiga para no abortar? ¿El discurso médico o el testimonio de Cristina? Pensaba que lo que le había convencido eran las razones del médico. Sin embargo no fue eso: «Lo que me ha convencido ha sido ver cómo vives la relación con tu hijo que tiene esta misma enfermedad». ¿Para nosotros no es suficiente con tener la doctrina justa! Es necesario que yo viva una experiencia ante el niño enfermo, ante el hijo enfermo que tengo, que en la forma que tengo de vivirla lo perciba como un bien para mí. Si yo no lo vivo así, tener la doctrina justa no le servirá de nada a una madre con un problema así; ¿de qué le sirve a los esposos tener la doctrina justa sobre el matrimonio para mantener en pie su familia? También nosotros somos llamados a hacer el recorrido del conocimiento, es decir, somos desafiados por el Misterio a entrar en la realidad de forma que esto se convierta siempre en una posibilidad para vivir. Entonces, si yo lo percibo así, si yo empiezo a vivir así cualquier experiencia, verifico la fe y estoy cada vez menos enfadado porque, más allá del hecho de que esté en minoría y de que los demás ignoren lo que digo, empiezo a tener una experiencia positiva de la vida para mí. Esta es la modalidad para comunicarlo a los demás, porque el contenido y el método coinciden.

La única posibilidad de comunicar lo que nos decimos es vivirlo. El testimonio es la única forma de comunicar un discurso correcto y limpio. Si no es así, ¿qué hacemos del cristianismo? De nuevo, una estúpida teoría. Pero si el Verbo se ha hecho carne, no podemos volver ahora a quitarlo de la carne para que se vuelva sólo discurso. El cristianismo se comunica a través de la carne del testigo. Y como nosotros podemos ser testigos, no nos basta mirar los toros desde la barrera, es

necesario meter las manos en la masa y ver si este recorrido del conocimiento es un bien para nosotros, es algo que construye nuestra vida, es algo que nos hace ser más nosotros mismos, más consistentes, más agradecidos. Si no hacemos esto, nos convertiremos cada vez más en gente enfadada, eso sí, con un discurso correcto.

Es una gran oportunidad para nosotros. Ante nuestros ojos vemos cómo se derrumba el mundo y cómo la gente está cada vez más lejana. ¿Cómo empezar de nuevo? Como empezó el cristianismo, como empezó san Pablo. ¿Podéis imaginar a san Pablo, cuando todo el mundo pensaba de forma distinta, llevando a Cristo enfadado por las vías del Imperio Romano? ¿No estaba acaso completamente entusiasmado por lo que había encontrado, y esto le permitía entrar en la realidad, afrontar todo con la Presencia de Cristo, de modo que podía verificar lo que sucedía en su propia vida? ¿Podéis imaginaros a san Benito? Eran personas que vivían una situación que se parece cada vez más a la que vivimos nosotros. Podemos enfadarnos con el mundo porque no es según nuestros pensamientos, podemos decir simplemente que no tiene razón. O bien como dice Péguy: Jesús no perdió el tiempo recriminando al mundo porque era malo. Zanjó la cuestión: hizo el cristianismo, es decir, empezó a vivir, en Su relación con la realidad, lo que hemos dicho esta mañana.

Intervención: Soy Lorenzo, del Politécnico de Milán. Últimamente me he dado cuenta de que no estoy viviendo plenamente este periodo, y esto me hace estar insatisfecho. En este sentido mi posición es la de esperar, es decir, estoy seguro de que existe una respuesta, pero por el momento no me resulta en absoluto evidente, no tengo experiencia de ella. También he dudado si venir o no a los Ejercicios, he llegado incluso a poner en discusión la experiencia que vivimos. Pero he leído una frase que mi madre había escrito en *El sentido religioso*, que decía que la duda es fruto de la falta de compromiso con la realidad, por lo que probablemente lo que está equivocado es mi actitud. La pregunta que surge de todo esto es: ¿cómo romper con esta falta de compromiso? ¿Cómo reconoceré la respuesta? ¿Cuándo terminará la espera?

Carrón: Partamos de lo que dice tu madre: la duda es fruto de una falta de compromiso con la realidad. ¿Qué responderías si te preguntara si este trozo de papel es blanco?

Intervención: Respondería que sí.

Carrón: ¿Ves como no tienes ningún problema en reconocerlo? ¿Tienes alguna duda?

Intervención: No.

Carrón: Cuando en nosotros no hay falta de compromiso con la realidad, la duda es vencida. Pero para esto —como puedes ver ahora— no se necesita no sé qué tipo de energía especial, se necesita únicamente una lealtad. Pero, aunque sea poquísimo, esta lealtad no es mecánica; no es un esfuerzo enorme, pero es necesario comprometer el yo: el reconocimiento de la realidad no es mecánico, sino que es un gesto del yo, implica el yo. Tú puedes permanecer a un milímetro de la realidad sin comprometerte, sin hacer un gesto de reconocimiento, o puedes sencillamente reconocerla, ser leal contigo mismo y reconocerla: entonces la duda es vencida. Es facilísimo, facilísimo, pero es dramático porque no es mecánico. ¿Comprendes? Nosotros querríamos ahorrarnos este trabajo, pero trata de imaginar la relación con todo lo demás, con tus amigos, contigo mismo, sin esta implicación. Si no te comprometes con lealtad (porque se trata sencillamente de una lealtad con lo que sucede), se agranda la distancia, la duda, porque basta un milímetro de distancia para permanecer en la duda. Por el contrario, si el yo se compromete ante cada cosa que sucede, vence sobre la duda, sobre la distancia, sobre la falta de compromiso, y de este modo está cada vez más apegado, más seguro, en un sentido y en otro, y entonces la persona crece. En cambio, si permanecemos distanciados, estamos cada vez más a merced de los estados de ánimo, de los sentimientos que cambian continuamente, y cada vez más perdidos.

Me gustaría poder ahorrarnos este drama, pero es imposible. Me gustaría eliminar este trabajo, pero es imposible, amigos, porque en esto consiste vuestra grandeza, vuestra dignidad. Podemos aceptarlo, y entonces la vida se vuelve cada vez más clara, más llena de certeza. O podemos distanciarnos y permanecer cada vez más en la duda, en las arenas movedizas. Se trata de una elección que tenemos que hacer.

No es que esto haga la vida más fácil. Si esta falta de compromiso hiciese la vida más fácil, yo diría: ¡nadie nos obliga a hacer lo contrario! Sin embargo es justo lo contrario: viviendo así uno está cada vez más perdido, y la vida se vuelve más complicada, uno ya no sabe cómo moverse. Yo os pregunto: ¿no está más en consonancia con nuestra exigencia y con nuestro deseo de significado comprometernos, responder al desafío de la realidad, a la provocación que nos lanza la realidad? Cada uno de nosotros debe responder a esta pregunta, nadie lo puede hacer en nuestro lugar.

Intervención: Me llamo Agnese y estudio Ciencias de la formación en la Católica. Mientras venía en silencio en el autobús pensaba qué quería yo de la vida, de la relación con mi novio, del estudio y de las amistades. No tengo claro qué quiero, o mejor, se me ocurren muchísimas cosas, pero nunca se me ocurriría decir una única, tan decidida y cierta, como escribía Cristina en su carta: «Quiero ser toda Suya. ¡Otra cosa no me interesa!». ¿Cómo se llega a esta certeza? Y para que estos días no sean un paréntesis, ¿cómo hacer para no quedarse sólo en el impacto, y hacer que se convierta en método para todo, todos los días?

Carrón: ¡Entonces no eres como dices! Si deseas afirmar: «Ser toda Suya. Otra cosa no me interesa», entonces no está todo en el aire, ¡hay algo que ya está claro!

Intervención: Sí.

Carrón: Para llegar a este punto es necesario hacer un camino, recorrer un camino. Constantemente tratamos de acompañarnos en esto, a través de nuestros gestos, de nuestro estar juntos, de nuestra respuesta a los retos de la vida. Como hicieron los discípulos, a diferencia de lo que hizo la muchedumbre. ¿Qué les permitió a los apóstoles llegar a esta certeza? Que se implicaron en una relación con Jesús y para ellos, en un cierto momento, como a ti te gustaría, el sacrificio era marcharse. No se quedaron porque quisieran hacerle un favor a Jesús: se quedaron porque sin Él, ¿a dónde irían?

Los discípulos, que eran unos pobrecillos como nosotros, que habían cometido todo tipo de errores, que querían que cayera fuego sobre los samaritanos cuando se enfadaban, que se peleaban entre ellos,

no entendían. Como nosotros, todo exactamente igual que nosotros. El Evangelio no trata de dar una imagen irreal de ellos: todos sus defectos y límites son explícitos, porque el Evangelio no tiene necesidad de eliminar ninguno de sus defectos. Pero dentro de estos defectos hicieron un camino que permitió que poco a poco fuera creciendo su afecto hacia Jesús. La cuestión es si cada circunstancia que vivimos, cada momento de la vida, es para nosotros una mano de cola, porque es así como uno empieza verdaderamente a comprender qué quiere, cuál es la diferencia entre permanecer sin un significado, sin un cumplimiento de la vida, o tener esta experiencia de plenitud que te pega cada vez más a Cristo.

Se trata de un camino. Muchas veces nos preocupamos de si somos capaces o coherentes, pero somos como los discípulos, llenos de límites. Esto no debe confundirnos, esto no interesa. ¿Qué es lo que nos interesa? Que poco a poco cada experiencia que tengamos nos permita comprender cada vez mejor qué queremos. Y esto es lo que te llevará a un afecto por Cristo hasta llegar a decir: Tu gracia vale más que la vida, quiero estar contigo, lo único que me interesa es ser completamente Tuya. Este ha sido el resultado de un recorrido, de una convivencia, de la verificación de una propuesta, de la obediencia a la correspondencia con Cristo. Si tú has encontrado esta correspondencia, como los discípulos, ¿quién te impide después implicarte, de modo que puedas verificar cada vez más si es eso lo que hace la vida más bella, más clara, más satisfactoria en todo, en el estudio, en la relación con los amigos, con las amigas, en la relación con el novio?

Sin esto no sería razonable, porque nadie os pide que os adheráis a algo que no hayáis verificado. ¿Qué hizo Jesús? «Mirad, amigos, me hago hombre para acompañaros. No puedo hacer otra cosa. Puedo decir: si venís conmigo la vida es más bella, el ciento por uno y la vida eterna».

En esto consiste el desafío. Para uno que quiera alcanzar la plenitud y la felicidad de la vida, este es el mayor desafío. Y esto no lo encontramos solo en una teoría del pasado: lo vemos en personas que testimonian que, viviendo así, la vida es más interesante. Y no estamos aquí porque seamos unos locos y no tengamos otra cosa que hacer el fin de

semana, sino porque hemos experimentado algo así. Entonces, si nos acompañamos en esto, poco a poco tendremos esta experiencia y comprenderemos cada vez más por qué es razonable adherirse, ser cristianos. Sin esto uno no tiene razones adecuadas.

Intervención: Soy Vera, de Munich, Alemania. Estudio psicología. En estos meses me he dado cuenta de que todas las teorías que tengo que estudiar no bastan para explicar lo que es el hombre, porque hay un factor misterioso que va más allá de mi medida. Y estando aquí todavía más, pues con vosotros reconozco una excepcionalidad que no encuentro en ninguna otra parte. Pero, ¿cómo puedo mirar la realidad de forma que sea evidente que este Misterio tiene el rostro de Cristo? Mirar la realidad, todo, incluso lo que no me corresponde. ¿Cómo puedo decir Su nombre sin que sea abstracto o una etiqueta?

Carrón: Te agradezco tu intervención, porque el vínculo que estableces entre la experiencia y el estudio es decisivo. Muchas veces el estudio va por un lado y por otro la experiencia. En cambio, que ella empiece a darse cuenta de que todas esas teorías no bastan para explicar al hombre –ese factor misterioso que está más allá de toda medida– es una cuestión decisiva para el estudio. Pues si no, ¿qué psicología estudia? Una psicología que está reducida de antemano. Puede suceder en la psicología, en la antropología, en la filosofía, en todo. Y esto me parece fundamental para vencer el dualismo en el que a veces vivimos: por una parte, la experiencia que tenemos del estudio que realizamos, que usa la razón como medida y, por otra parte, la experiencia que vivimos, esta lucha encarnizada de la que hablaba esta mañana, del Misterio con nosotros mismos para romper esta medida. Tú estás apasionada por la experiencia que has vivido; entonces, si quieres comprender la psicología de una persona, debes partir de esa experiencia, pues de otra forma no comprenderías nada, yo no mandaré a nadie a tu clínica; pero no porque no quiera, sino porque serán más los desastres que crees que los que resuelvas. ¿Comprendes? Entonces esto te dice que si tu punto de partida es esta hipótesis, debes tratar de estudiar más, es decir, tienes un motivo verdadero para estudiar, para verificar qué tiene que ver con tu experiencia todo lo que estudias. Es como si

te diese un plus de curiosidad a la hora de estudiar. Estudiar así es distinto, tiene que ver con la experiencia que vives. Nuestra experiencia no es para los que quieren ser piadosos y devotos, y el estudio es otro asunto. No. Queremos llegar a ser hombres y vencer este dualismo que está en el origen de la grieta que se abre en nuestro propio yo: por una parte, el uso que hago de la razón según una medida y, por otra, la experiencia que vivo. Por eso me impresiona tu pregunta, porque lleva dentro de sí un principio de respuesta; que uno se dé cuenta de esto en la forma en la que estudia es fundamental.

Intervención: Soy Cecilia, de Turín. Hoy me has trastocado completamente mis esquemas al decir que estás seguro no porque partas de Dios, sino porque partes de la realidad.

Carrón: ¿Te los he trastocado totalmente?

Intervención: Sí, me los has trastocado porque esto quiere decir que entonces el centro de la cuestión no es que ante las cosas nosotros debamos esforzarnos por demostrar que...

Carrón: ¡Estupendo! ¡Por fin! ¿Veis? Lo que tenemos que hacer no es esforzarnos por sostener que Dios existe. ¿Comprendes? ¡Muy bien! Lo que tenemos que hacer es...

Intervención: ... Estar ante una evidencia.

Carrón: Estar ante lo que existe. Entonces uno descansa. Es decir, no es que nosotros sostengamos a Dios con nuestro trabajo (¡como si el Misterio necesitara de nosotros para sostener que existe!). Existe, relájate... Debemos relajarnos un momento: existe, y todos nuestros problemas no lo ponen en discusión. Como digo siempre con una broma: ¡mirad cómo tiemblan las montañas ante nuestras dudas sobre ellas! ¡No tiemblan en absoluto! Pero somos tan modernos que estamos convencidos de que somos nosotros los que creamos la realidad, que existe si la sostenemos, y que si no lo hacemos, termina en la nada. Por fin empezamos a entender que tal vez es lo contrario, y entonces uno puede relajarse.

Intervención: Desde luego, por un lado, es muy liberador.

Carrón: Muy bien: muy liberador.

Intervención: Y, por otro lado, es la única posición frente al relativismo del mundo, porque no defiendes tu punto de vista particular.

Carrón: ¡Perfecto, perfecto!

Intervención: Mi pregunta tiene que ver con el paso siguiente. Tú has dicho hoy que existe la tentación de hacer el cristianismo sin Cristo. Yo me he dado cuenta de que, no sé por qué razón, mientras hablamos de Misterio, Presencia, compañía, todo va bien; pero cuando hay que decir Jesucristo, es como si nos cubriese un velo de vergüenza, tenemos miedo de caer en un espiritualismo visionario. Hoy me siento desconcertada, porque tú hablabas de Él como alguien vivo. Mi deseo es este: también yo quiero hablar de Él como tú.

Carrón: Mira el paso que has dado con respecto a la realidad y al Misterio: antes experimentabas con el Misterio la misma dificultad que ahora experimentas con Cristo. Has dado un paso de gigante. Ahora te toca dar otro, ¿no?: poder llegar a decir tranquilamente, como tú has dicho, que existe, sin tenerte que esforzar en sostener que existe, sencillamente reconociéndole.

El punto de partida es siempre partir de la realidad. ¿Y cuál es la realidad que nos permite reconocer a Cristo tranquilamente? Una excepcionalidad. Una vez que tú has comprendido lo que has dicho, el paso de Cristo es más fácil. ¿Sabes por qué? Porque es más excepcional, porque cuanto más bella es una cosa, cuanto mayor es su belleza excepcional, tanto más fácil es reconocerla. Y Jesús es tan excepcional, tan único que es fácilmente reconocible, que tiene rasgos absolutamente inconfundibles; es Él: con su capacidad de ternura, con su capacidad de correspondencia, con su amor por la libertad, con su pasión por el destino. Pero, ¿dónde has encontrado a Alguien así? ¿Por la calle un día cualquiera? Para ser cristiano hace falta ser un genio, no en el sentido de que se requiera una cualidad particular: sólo hace falta saber distinguir, entre todos los rostros, el rostro de alguien, con nombre y apellido, nada abstracto, nombre y apellido. Cuanto más excepcional es, tanto más fácil es reconocerlo. ¿Comprendes por qué los discípulos no tuvieron ningún problema en reconocer a Jesús? Era fácil reconocerle. ¿Crees que hubo muchos como Él en su tiempo? ¿Por qué nos resultó fácil reconocer a Giussani? ¿Había muchos Giussani? ¿Por qué ha sido fácil reconocer la excepcionalidad que te ha traído aquí? ¿Tienes muchas compañías así? Es fácil, absolutamente fácil.

Entonces, cuanto más excepcional, tanto más uno se ve impactado, cautivado, tanto más uno se ve –como decíamos esta mañana– imantado. Entonces uno debe preguntarse: ahora que me siento atraída por esto, ¿cuándo comenzó en la historia? Y si tú no te rindes ante esta pregunta, ante esta sencillez, no puedes acabar –te lo aseguro, te desafío– sin llegar a decir Su nombre para explicar esa excepcionalidad. Es facilísimo, no os compliquéis, es facilísimo: cuanto más excepcional, tanto más fácil.

Esta noche lo veremos escuchando a nuestra amiga Vicky. Cuando todos la rechazaban, ¿eran muchos de entre sus parientes o vecinos los que se acercaban a ella? Cuando ella se alejaba, ¿había mucha gente que se le acercaba más aún? Y cuando olía mal, como cuenta ella, ¿la otra se alejaba o se acercaba todavía más? ¿Eran muchos los que hacían esto? ¿Tuvo que hacer un gran esfuerzo para reconocer en el rostro de Rose en ese momento los rasgos inconfundibles de Cristo? Nos lo contará esta noche. A nosotros nos cuesta solo por un motivo: por la distancia que efectuamos con respecto a la experiencia, porque pensamos que esto sucede a-históricamente. Lo reconocen más los demás, los demás que entran en relación con nosotros. Hasta tal punto que para nosotros la mayor gracia son los recién llegados, porque son los que más se asombran, porque nosotros, en un momento dado, hemos empezado a dar por descontados esos rasgos inconfundibles, y pensamos así que han caído del cielo, que son fruto de la magia. No, no y no. Nada de magia, nada caído del cielo. Se trata sencillamente de una cadena de testigos que tiene un origen preciso: se llama Jesús de Nazaret.

Intervención: Soy Guadalupe, de la Universidad Complutense de Madrid. ¿Por qué nos cuesta tanto utilizar una razón afectivamente implicada? Yo no quiero terminar como la multitud que abandonó a Jesús. En ti veo una razón sostenida afectivamente, que llega hasta el fondo de la realidad, es decir, dices el nombre de Cristo. ¿Por qué dijo Jesús: «¿Queréis marcharos?» y no: «¿Creéis en mí?»?

Carrón: Justamente por esto, para desafiarnos a utilizar la razón de forma afectivamente comprometida, porque sin este desafío de Jesús nosotros habríamos hecho como la multitud. En cambio, cuanto más

nos impresiona esto, Su Presencia, tanto más nos atrae, es una mano de cola, y tanto más uno desea comprometerse.

Mirad, amigos: que uno se enamore no es un esfuerzo, es una razón afectivamente implicada. ¿Resulta complicado? Si luego uno no se compromete con su novio, con su novia, con sus amigos, no puede comprender cuál es el bien que ellos son para la vida. Lo mismo sucede con Jesús, pero en una medida mucho mayor por lo que decíamos antes, porque es tan excepcional que resulta más fácil. Tenemos que quitarnos de la cabeza que el cristianismo es algo difícil: sólo es difícil en vuestra cabeza. Porque cuanto más excepcional es, tanto más fácil es reconocerLe, y por tanto implicarse, dejarse cautivar. Mirar el cristianismo desde fuera de la experiencia es una abstracción. Porque la experiencia normal que tenemos, ¿cuál es? Que la razón se implica afectivamente. Y yo quiero comprometerme con esto. Lo que está en juego es nuestra libertad, no porque sea complicado: yo me implico porque no quiero perderLe, vosotros haced lo que queráis, yo me implico porque no quiero perderLe. Porque los discípulos se implicaron con Jesús no para hacerLe un favor, sino para no perderLe. Se trata de la obediencia a la correspondencia que hemos experimentado, y que hemos estudiado en la Escuela de comunidad, porque uno no quiere perder esa relación que llena su vida, sus ojos y su corazón de alegría. Yo me implico por esto. ¿Por qué? Porque ya no soporto vivir sin Él. Y no es que yo no experimente la tristeza, como todos, o no experimente la soledad, sino que para mí todo esto es un recurso, no una dificultad. Yo Le agradezco que me sucedan estas cosas como a todos, que no sea distinto de los demás. ¡Yo no quiero ser distinto! Porque si fuese distinto de los demás, no tendría necesidad de Él, no necesitaría implicarme, no tendría necesidad del afecto por Él. Yo no quiero ser distinto, yo quiero ser como todos, porque el Misterio nos ha hecho así y somos tan tontos que pensamos que nos ha hecho mal. No, nos ha hecho estupendamente, nos ha hecho para dejarnos pegar a Él, pero nos dejamos pegar si nos dejamos impactar, si nos dejamos atraer, fascinar por Su presencia.

Y por eso yo estoy agradecido, y lo estaré siempre, a don Giussani por su forma de hablarnos de Cristo, de introducirnos en el cristianismo

así, porque yo ahora no consigo juzgar o vivir la tristeza sin hacer memoria de Él. Por eso cuando alguien me dice: «Pero tú, ¿cómo haces?», yo digo: «Pero, ¿cómo haces tú para vivir sin Él? ¡Explícamelo! Yo te explico enseguida por qué lo hago». Lo que más me llama la atención es cómo podéis vivir sin implicaros. ¿Cómo lo hacéis? ¿Cómo podéis vivir sin hacer silencio, cómo conseguís vivir sin leer la Escuela de comunidad, cómo podéis vivir sin escuchar Su voz? Yo no podría vivir si no Le oyera hablar: ¿cómo podéis vosotros? ¡Decidme! Muchas veces vivimos mal, porque uno no puede estar aquí sin pensar, sin tener la experiencia de que aquí, en esta relación, está el éxito de la vida. Yo luego cometo errores como todos, pero no me distraen, no me confunden, no me dejan perdido. Yo sé que siempre me falta algo, y sé qué me falta. Puedo buscarLe o no, pero sé qué me falta. Unas veces diré que sí y otras diré que no, pero sé qué me falta, y cuando estoy triste porque digo que no sé perfectamente por qué estoy triste, no me confundo. Quiero utilizar toda mi energía en esto.

Intervención: Soy Sara, de Milán, y quería preguntarte por qué ante las dificultades hago valer otros criterios, por qué todo lo que he vivido de excepcional en este comienzo de curso no llega a eliminar el trabajo que me cuestan ciertas situaciones, en las que me siento...

Carrón: Porque el Señor no te ha prometido ahorrarte el trabajo, ¿comprendes, Sara? Si te quitase ese trabajo, ¿cómo tendrías necesidad de Él? Cristo no nos ha prometido ahorrarnos el esfuerzo (dejemos las cosas claras), como decía esta mañana la carta de Cristina.

Intervención: No pongo en duda la presencia de Cristo, pero, ¿por qué el vínculo con Él no tiene que ver con todo y no vence cada circunstancia? A veces tengo miedo de que me falte algo. Antes has dicho que uno es un tonto cuando piensa que le falta algo, pero ante ciertas situaciones que se presentan una y otra vez yo me siento sin energía.

Carrón: Mira, observemos el ejemplo de la madre y del niño. El niño unas veces ve a su madre y se pega a ella, y otras hace lo que le da la gana. ¿Quiere esto decir que le falta algo de su madre, o significa que para comprender verdaderamente necesita tiempo? No es que le falte nada en especial, le falta la conciencia de que para él el bien más precioso es

la relación con su madre. ¿Cómo aprendes tú la diferencia entre Jesús y cualquier otra cosa? A veces eligiendo otra cosa, y entonces ves que no es lo mismo. Por eso Jesús no tiene ningún problema, y te dice: «Compárame con todo, Sara, compárame con todo, porque así comprenderás quién soy Yo».

Necesitamos tiempo, y no debemos sorprendernos de que la debilidad sea débil, de que la fragilidad sea frágil. Lo único importante es que siempre vuelvas a partir de lo que te ha sucedido, porque para nosotros el encuentro no es el fin, sino el inicio para entrar luego en cada circunstancia. Te puedes haber equivocado la noche anterior, y cuando al día siguiente te sientes triste, ¿quién te impide –así nos han educado– dejar entrar aire fresco, dejar entrar una mirada llena de ternura al rezar el *Ángelus*? ¿Qué te lo impide?

Intervención: Nada.

Carrón: Es más, a lo mejor, después de haberte equivocado la noche anterior, te das más cuenta de la gracia que supone rezar el *Ángelus*, y entonces empiezas a comprender la diferencia. Porque sin hacer este camino humanísimo, en donde uno se equivoca, cae, en donde uno deja después entrar la mirada llena de ternura de Cristo, no se comprende qué es Cristo. El Señor nos da el espacio y el tiempo para que alcancemos esta certeza llena de humanidad (que no es ninguna magia, ninguna fulguración), hecha de cosas reales, como el niño cuyo afecto por su madre crece cada vez más. ¿Tú crees que el niño, después de haberse equivocado muchas veces, llega a la conclusión de que cualquier cosa es mejor que su madre? ¿Llega a esta conclusión? No. Haga lo que haga, crece el afecto por su madre.

El Misterio no tiene miedo de nuestra libertad, de nuestras equivocaciones. Nosotros sí, nos espantamos enseguida. Él nos da todo el tiempo del mundo para reconocerLe. Es a nosotros a los que nos interesa aprender lo antes posible; Él te espera hasta que la relación se convierta en un vínculo que tenga que ver con todo. Pero es un camino humano, humanísimo, lleno de las cosas normales de la vida. Como el camino que has hecho hasta llegar a la certeza sobre tu madre, en el que ha sucedido de todo. ¿Por qué tendría que ser distinto con Jesús? También para los apóstoles fue igual.

Intervención: Soy Ahmad y estudio en Pavía. Me ha impresionado lo que has dicho, aunque algunas cosas ya se las había oído decir a mis amigos, porque es verdad que todo lo que has dicho me corresponde, son cosas verdaderas, forman parte de la experiencia que estoy viviendo. Pero incluso teniendo esta conciencia de la correspondencia que he descrito, me cuesta mucho aplicar esto en mi vida. ¿Por qué? ¿Por qué a muchas personas y a mí mismo nos cuesta tanto aceptar estos hechos y esta realidad, aun sabiendo que nos corresponde al cien por cien? ¿Quiere esta dificultad decir que no me quiero de forma adecuada? ¿Quiere decir también que mi razón no se ha implicado afectivamente aun?

Carrón: ¿Veis? Le he pedido que planteara su pregunta para que muchos podáis reconocer en vosotros el mismo problema. Estos hechos, esta realidad nos corresponde al cien por cien. No es que no lo tengamos claro o que estemos un poco confusos. No. Sabemos que nos corresponde al cien por cien. Es un juicio: no hay nadie como Él. También nosotros podemos reconocer hoy que nunca hemos visto una cosa igual. Al cien por cien, ¡nos corresponde al cien por cien! Pero después experimentamos la dificultad que él describe. ¿Por qué? Porque aunque nos corresponda al cien por cien, no se nos ahorra un gesto del yo. Yo puedo hacerte un regalo, que es Aquel que tú más deseas, y aunque corresponde a todo lo que deseas, tú al menos tienes que aceptarlo, ¿no? ¿Te parece humano?

Intervención: Sí.

Carrón: Jesús no quiere ahorrarnos esto. No es un sacrificio. Muchas veces don Giussani se enfadaba, se enfadaba cuando alguien le decía: «¡Qué valor se necesita!». ¿Qué valor se necesita? ¡No hace falta ningún valor, hace falta el sí, y nada más! Tú ves la correspondencia: ¿qué valor necesitas? Solo se necesita una cosa: sencillez o, si queréis, lealtad. No es ningún sacrificio, no se requiere ninguna energía particular: sencillamente hay que ceder ante el atractivo de Cristo que me corresponde, que yo reconozco como correspondiente al cien por cien. Ceder y reconocerLe.

Intervención: Soy Federica, de Milán. Quería hacerte una pregunta sobre el último punto que has tocado hoy, cuando has hablado de la

sospecha. Ante la objeción del dolor y del mal es verdad que nosotros podemos tener la misma experiencia de filiación de Cristo y entrar en la realidad con esta hipótesis positiva. ¿Por qué, en cambio, se introducen el moralismo y la desconfianza?

Carrón: ¿Tú quieres a tu madre?

Intervención: Sí.

Carrón: ¿Mucho?

Intervención: Sí.

Carrón: ¿Estás segura?

Intervención: Sí.

Carrón: ¿Puedes acaso considerar una hipótesis que no sea positiva con respecto a cualquier cosa que haga tu madre contigo?

Intervención: No.

Carrón: Lo mismo sucede con Cristo. ¿Acaso tienes que hacer algún esfuerzo especial?

Intervención: No.

Carrón: Es decir, cuando uno ha alcanzado esta certeza sobre el amor de su madre, no puede vivir la relación con ella con una hipótesis distinta; y si no comprende, le pregunta: «¿Por qué haces esto, mamá?», pero no puede sino partir de una experiencia positiva.

A Jesús le pasaba lo mismo: si Jesús era Hijo y tenía esta relación con el Padre (estaba definido por esta relación de filiación con el Padre), como la que tú tienes con tu madre ¿crees que habría otra posibilidad que no fuera relacionarse con Él con esta hipótesis positiva? No es algo complicado, algo que esté distante de nuestra experiencia, algo ante lo que no tengamos recursos para comprenderlo. Luego podemos hacerlo o no hacerlo, pero debéis admitir que es algo comprensible. La cuestión es si hemos alcanzado ese grado de intensidad, de certeza, de vínculo tan potente con nuestra madre (como Jesús con el Padre) para vivir siempre con esta hipótesis positiva. Por tanto la cuestión de la vida es el incremento de este vínculo, de forma que ningún dolor, ningún sufrimiento sea capaz de desbaratarlo, introduciendo la sospecha. Tendría que derrumbarse el mundo para que tú introdujeras una sospecha sobre tu madre, ¿no? Es más, aunque se derrumbe el mundo, tú seguirás diciendo: «No, mi madre no. Tendría que volverse loca. Para hacer

algo así mi madre tiene que volverse loca, tiene que dejar de ser mi madre, no la que yo conozco», ¿no? Tendrías que eliminar toda tu experiencia, la experiencia de cada fibra de tu ser. ¿Estás de acuerdo?

Intervención: Sí.

Carrón: Lo mismo tendría que hacer Jesús para vivir con una hipótesis distinta. Nos interesa esto porque queremos ser absolutamente razonables. Para ti, ¿es razonable relacionarte así con tu madre? Sin duda ninguna. Con ninguna otra persona estás tan llena de razones como con tu madre, con ninguna otra. Y Jesús no tenía con ninguna otra persona una relación que Le permitiese entrar tranquilamente en la realidad como la que tenía con el Padre.

Intervención: Soy Cristina, de Bolonia. En su carta, Damiano decía: «La enfermedad es para mí». Yo no consigo entenderlo porque vivo una situación familiar muy difícil. Esta mañana decías que el vínculo que tenía Jesús con su Padre es lo que le permitió afrontar la muerte. Pero ante los problemas de mi vida, lo único que me sale es decir: «Todo está en contra mía». Para ti, en concreto, ¿qué es este vínculo?

Carrón: Es lo que trataba de explicar ahora. Tampoco yo lo entiendo fuera de un vínculo, pero cuando existe este vínculo... Ahora bien, si falta este vínculo, entonces no.

Intervención: Sí, pero cuando estoy ahí sólo consigo decir: «Todo está contra mí».

Carrón: De acuerdo. ¿Por qué? Porque falta esta relación.

Intervención: Entonces, ¿qué puedo hacer en mi vida...?

Carrón: Perfecto, perfecto. Este es el camino que estamos diciendo que es necesario recorrer, ¿no? No se trata de que mañana vayas al gimnasio para entrenarte y así ser capaz, tener energía. ¡No! El niño no necesita ir al gimnasio, necesita vivir una relación que le da esa certeza de la que hablábamos antes. La cuestión es si, con todo lo que sucede, se incrementa en nosotros este vínculo, si cada vez que vivimos en la relación con Él—como los discípulos—, es como una mano de cola.

Si tú crees poder entenderlo fuera de esta relación, entiendo que es imposible; es imposible que uno entienda que pueden suceder cosas como las que hemos oído. Pero esto es el cristianismo, amigos.

Cristina no hubiera soñado jamás escribir una carta así, como Vicky tampoco habría soñado nunca decir cosas como las que nos dirá esta noche, si no fuese por la experiencia de su vida. No podemos concebir el cristianismo antes de que suceda. Por eso comprendo que uno pueda no entenderlo, y esto quiere decir que nosotros, muchas veces, solo pensamos el cristianismo. Creemos poder vivir sin Cristo, pero sin Cristo ni siquiera lo podemos entender.

Intervención: Sí, yo en Bolonia tengo muchas personas cerca de mí, pero cuando vuelvo a donde tengo estos problemas, no lo consigo, porque no tengo cerca a estas personas.

Carrón: Quiere decir que necesitas hacer un camino personal cuando estás con tus amigos, de forma que lo que vives con los amigos se haga tuyo.

Intervención: Sí.

Carrón: De modo que cuando estés sola en una situación, estés más definida por lo que se ha asentado en ti, aunque no estén tus amigos, que por la circunstancia que estás viviendo.

Queremos que lo que aprendemos de otro se haga totalmente nuestro. Por eso os digo muchas veces: no podemos pensar que se haga nuestro sin nosotros. Uno no aprende matemáticas solo con calentar la silla en clase; no hace suyo el criterio solo con calentar la silla. ¿Comprendéis por qué no podemos ahorrarnos este trabajo?

Intervención: ¿Y esto es posible siempre?

Carrón: Siempre. ¿Quién te lo impide? Mañana, cuando vuelvas, puedes seguir teniendo esta relación con tus amigos de Bolonia y puedes tratar de vivirla cada vez más y de vivir una experiencia personal, tuya. Y un buen día, amiga, te encontrarás con la sorpresa. ¿Cuál es esta sorpresa? Que afrontarás la circunstancia y te sentirás libre, no determinada por la circunstancia, sino por lo que te ha sucedido. Espero que cuando suceda me escribas contándomelo. El cristianismo es esto: no el resultado de tu esfuerzo, sino la sorpresa de que lo que ha empezado a abrirse camino en ti se vuelve tan tuyo que tú, en un momento determinado, te sorprendes empezando a vivir esa circunstancia, que antes era imposible de vivir, con la novedad que llevas dentro, porque esta novedad se ha vuelto tuya. Es lo que veremos mañana.

Se trata de una amistad en la que, a partir de un momento dado, lo que te dice otro se hace tan tuyo que ya no puedes vivir sin ello: estás definida por ello, no dependes ya de quién te lo diga, porque es tuyo y puedes entrar en cualquier circunstancia –como dice don Giussani– con una tranquilidad profunda y una capacidad de alegría.

Intervención: Soy Matteo, estudio Ciencias Políticas en la Católica. Ayer por la noche dijiste: somos amigos si estamos juntos para poder mirar estas cosas, pues si no es así estamos juntos, pero las cosas más decisivas las vivimos solos. Y después esta mañana, hablando también de la amistad, hablando de Jesús, que le preguntaba a los discípulos: «¿También vosotros queréis marcharos?», decías: fue su amigo de verdad porque les desafió, es decir, quería que hicieran el trabajo a partir de la correspondencia que habían experimentado.

Estas dos cosas me han impresionado mucho, porque desde hace algún tiempo esta cuestión de la amistad, de la relación con mis amigos, empieza a apremiarme, empieza a ser una urgencia y entonces, como veo que existe una cierta dificultad, quería preguntarte: en la vida cotidiana, en lo concreto, ¿cómo podemos ayudarnos a profundizar en este vínculo con Cristo? Porque para mí está claro que somos amigos por esto, es decir, somos amigos porque Otro nos ha puesto juntos.

Carrón: Matteo, ¿has empezado a intuir un cambio en el concepto de amistad?

Intervención: Sí.

Carrón: Este es el primer paso: lo que hemos dicho esta mañana debe ser un juicio sobre cómo vivimos, sobre la forma en que concebimos la amistad (porque el concepto que tenemos muchas veces de amistad se parece más a la connivencia que a la amistad). Según nuestros parámetros lo que hemos visto esta mañana que hizo Jesús con los discípulos no es una amistad. Pero no es verdad. Jesús es un amigo porque le interesa el destino, el bien de los demás, y como no nos toma el pelo (como hacemos entre nosotros muchas veces), entonces no cede, no disminuye, no reduce la exigencia.

Si tú te identificas con esta relación que tiene Jesús con los discípulos, en la amistad que vivía Jesús con sus amigos, empiezas a entender

qué es la amistad entre nosotros, ser amigos, es decir, no cómplices. ¿Y cómo puedes ser amigo y no cómplice? Viviendo con toda tu exigencia humana. ¿Qué hace Jesús? No cede a la reducción de la amistad. Jesús dice: «Daos cuenta de que si queréis vivir tenéis que comer esto. ¿No lo entendéis? ¿También vosotros queréis marcharos?». O cuando dice: «Tenemos que ir a Jerusalén. Allí debo morir». «¡No!», dice Pedro. «¡Aléjate de mí, Pedro!». No cede. Esto es un amigo que quiere vivir lealmente con toda la exigencia de plenitud humana que lleva dentro de sí. Y este es un verdadero servicio, es una verdadera amistad con el amigo. Porque si lo miras por su destino, no puedes no desear hacer lo que hizo Jesús; y si alguien te mira por tu destino, no puede no desear hacer lo que hizo Jesús, esto es verdadera amistad. Lo demás son mentiras, camufladas bajo el sacrosanto nombre de amistad.

Pero siempre nos hemos dicho que la amistad es una compañía al destino. Somos amigos si caminamos hacia el destino. Si no es así – atención– nuestras amistades no durarán, porque, ¿qué sucede en con un tipo de amistad sentimental, en el fondo connivente (como sucede muchas veces en las parejas, en los novios)? Que no se mantiene, que con el tiempo deja de interesar, porque está constituida por la connivencia entre dos personas, no por una amistad verdadera.

Por eso no podemos terminar esta Escuela de comunidad sin decir: ¿qué ha cambiado en el concepto de amistad que tenemos, en la forma de estar juntos? Porque es lo que don Giussani decía: lo que llamamos muchas veces amistad, no me interesa. Imaginaos lo que habría dicho Jesús: no creo que fuera muy distinto de lo que decía don Giussani. Empezar a comprender esto quiere decir empezar a entender qué significa querernos de verdad, ser amigos, interesarnos no por nuestras connivencias, sino por el bien del otro, el destino, la plenitud del otro, la plenitud que coincide con alcanzar la satisfacción del corazón (y no somos nosotros los que decidimos qué lo cumple). Nosotros lo hemos encontrado, podemos vivirlo o no vivirlo, pero esto es la amistad: si yo me quiero a mí mismo así, seré amigo de mis amigos, porque no querré otra cosa para ellos. Pero si yo me contento con menos, buscaré amigos que hagan lo mismo. Dios los cría y ellos se juntan.

7 de diciembre, por la mañana

El cristianismo es un acontecimiento y permanece en la historia como la dilatación de este acontecimiento; se ha hecho presente a los hombres a través de la humanidad de un hombre, Jesús, y sigue estando presente en la historia a través de una humanidad cambiada por el encuentro con Jesús.

¿Cómo sabemos que está presente ante nosotros? Por la humanidad diferente que genera. Por eso don Giussani nos decía hace años: «El acontecimiento de Cristo se presenta “ahora” bajo el fenómeno de una humanidad diferente»¹⁹. El cristianismo es toparse con esta humanidad diferente en la que uno sorprende un presentimiento nuevo de vida, algo que aumenta la posibilidad de certeza, de esperanza, de utilidad de la vida. Todos nosotros aquí presentes podemos documentarlo: Cristo nos ha interesado porque hemos encontrado hoy, en el presente, un modo distinto de vivir la vida, ante el cual no hemos podido sino sentir una curiosidad, porque lo percibíamos como conveniente para nuestra vida.

«Al llegar a la universidad –escribe una de vosotras–, me he quedado profundamente impresionada por las personas que he conocido. ¿En qué consistía la diferencia? En que se tomaban cualquier aspecto de la vida en serio, en que estaban contentos en todo momento, en cómo me sentí tratada aunque casi no me conocían [todo empieza así]. He pensado que yo también quería ser como ellos y he empezado a pegarme a ellos para tratar de comprender cómo viven, para aprender a vivir así». Este es el inicio, algo que tengo ante mí, que despierta en mí el deseo de pegarme, «he empezado a pegarme a ellos». ¿Para qué? «Para tratar de comprender cómo viven, para aprender a vivir así. Estoy segura de que esta amistad es un bien para mí. ¿Por qué? Porque no sólo no me distrae del estudio y de las cosas que tengo que hacer, sino que me empuja a cumplir con mi deber». El signo es que lo que hemos encontrado nos sirve, es útil para nuestra vida, para vivir la realidad,

para vivir lo que tenemos que afrontar cada día, las circunstancias, las dificultades, el dolor que tenemos que mirar de frente en cada instante. «Estar con mis amigos es más bonito cuanto más cumplo con mi deber con seriedad [no estamos aquí para ahorrárnoslo, pues de otro modo no seríamos amigos], yendo al fondo de mi estudio y de las circunstancias de mi vida. Esta amistad no me deja tranquila nunca, me provoca siempre, cuando menos me lo espero; es un continuo reclamo a mi destino, al significado de todas las cosas, y cada vez me doy más cuenta de que todo sucede por una razón, y de que el único modo para comprender qué quiere el Señor de mí es vivir la realidad».

Esto es así, como hemos estudiado en la Escuela de comunidad. Uno encuentra algo que le corresponde, y la obediencia es el camino para no perder lo que ha sucedido. Conozco a alguien que está ante mí y me pego a él para aprender a vivir así. Por eso la verdadera obediencia es una amistad, y por eso hace falta alguien que esté ante ti, porque de esta forma puedes comprender los pasos que da y puedes imitarlo para que se hagan tuyos; si no hacemos esto, empezamos a perder el camino.

Me escribe otra persona: «Desde los Ejercicios de Pascua se ha insinuado en mi vida una urgencia nueva, “Es este el síntoma de la verdad y autenticidad o no de nuestra fe: si esperamos de verdad todo del hecho de Cristo o, por el contrario, si del hecho de Cristo esperamos lo que decidimos nosotros, haciendo de Él, en última instancia, punto de partida y pretexto para nuestros proyectos y programas”. Ante esta provocación he tenido que reconocer cuál había decidido yo que era la sustancia de mi vida. Lo había decidido yo. Estoy muy comprometida con el movimiento. Sentirme reclamada a una posición radical, a compararla con la experiencia que estaba haciendo, ha puesto de manifiesto que no me había planteado el problema de esperar todo del hecho de Cristo. De golpe, el reto lanzado, que había que descubrir en la experiencia, era mucho más correspondiente que cualquier posición o discurso que yo hubiera sostenido hasta entonces, porque partía de nuevo de mi deseo total. Porque, siendo sincera, ya no era suficiente con sacar a Cristo del bolsillo, usarlo como muleta para sostener lo que en ese momento me parecía lo más importante y, sobre todo, no bastaba con dudar cada vez que mi vida amenazaba con tomar una dirección no

prevista: de hecho no Le conocía. Para mí es fácil hablar de Él, llenarme la boca con Su nombre, tan fácil como doloroso, y el dolor es darse cuenta de la nada que subyace y que, por muy coherente que sea el discurso, jamás me restituye una experiencia viva. Ha nacido en mí una necesidad, casi diría fisiológica, de conocer verdaderamente por primera vez a este Jesús al que quería dar la vida. El riesgo que corro entonces es defender una bandera y decir: “Cristo existe porque he entendido”, y esta defensa sólo genera cansancio».

Como podéis ver, lo que ha comenzado como una experiencia en el encuentro con una humanidad distinta, con una diversidad humana que nos ha aferrado, si no estamos atentos, se ve reducido a un discurso que nunca nos restituye una experiencia viva. Como me decía un amigo: muchas veces se reduce a un discurso que luego uno trata de aplicar, pero después de algún tiempo todo se desmorona.

Se trata de un problema fundamental para continuar nuestro camino, porque nos hallamos ante una cuestión decisiva que, gracias a Dios, don Giussani había mirado de frente hace algunos años. Por eso hemos publicado en *Huellas* «Algo que se da antes», porque allí don Giussani hace una corrección al movimiento con respecto a ese riesgo que ahora vemos también entre nosotros. ¿Cuál es este riesgo? Que pensamos que hay un método para el inicio (ante una humanidad distinta), y otro distinto para después. Para empezar hace falta el encuentro con esta humanidad diferente, luego buscamos poseer un discurso; de esta forma lo que nos encontramos entre las manos es —como hemos visto— la nada.

Por eso me interesa que comprendamos bien el cristianismo, porque esta es la cuestión más decisiva, y es un riesgo que puede suceder en general en la Iglesia: uno puede reconocer que el cristianismo ha sido un evento en la historia, pero es como si el evento se quedase cada vez más en el pasado. Entonces, ¿qué es lo único que permanece de ese evento? El testimonio de este evento, que se llama Biblia. Para nosotros el movimiento puede haber sido esto, un evento, del que queda únicamente un discurso que aprendo y aplico. Por el camino hemos perdido la carne: el Misterio, que se había hecho carne para imantar —decíamos ayer— toda nuestra razón y nuestro afecto, se convierte de nuevo en algo

abstracto, que no es capaz de interesarnos. Pero el cristianismo, si quiere seguir siendo cristianismo, si quiere ser coherente con la modalidad con la que nació, debe seguir siendo carnal.

Por eso en ese texto don Giussani dice algo definitivo para nosotros, algo que debemos comprender verdaderamente. Que la persona se tope con una presencia humana diferente es algo sencillísimo (como tratamos de testimoniar ayer), absolutamente elemental, que se da antes que cualquier otra cosa, «que no requiere explicación alguna, *sólo ser visto*, interceptado, algo que suscita asombro, provoca emoción, constituye una llamada [fijaos qué descripción tan preciosa y llena de carnalidad de la vida]; que nos empuja a que lo sigamos gracias a que corresponde a la expectativa estructural del corazón»²⁰. «El acontecimiento de Cristo se presenta “ahora” bajo el fenómeno de una humanidad diferente: un hombre se topa con este fenómeno y descubre en él un presentimiento nuevo de vida, algo que aumenta su posibilidad de tener certeza, la positividad, esperanza y utilidad de su vida, y que le empuja a seguirlo. Jesucristo, aquel hombre de hace dos mil años, se oculta —o se presenta— bajo el aspecto de una humanidad diferente. El encuentro, el impacto inicial, es producto de una humanidad diferente que nos sorprende porque corresponde a las exigencias estructurales del corazón mucho más que cualquier forma de nuestro pensamiento o de nuestra imaginación: no nos lo esperábamos, no podíamos ni soñarlo, era imposible, no podíamos hallarlo en ninguna otra parte»²¹. Esto constituye un desafío para cada uno de nosotros. Daos cuenta: una modalidad que impacta, que corresponde con las exigencias del corazón más que cualquier forma de nuestro pensamiento o de nuestra fantasía. Cada uno de nosotros debe verificar esto: ¿es verdad o no? Si no hacemos esto no tenemos una razón para permanecer pegados a esta humanidad diferente.

Y prosigue (atención, porque aquí está la cuestión decisiva): «El toparse con una presencia humana diferente se da antes, no sólo al comienzo, sino también en todos los momentos que siguen a ese comienzo: un año o veinte años después. El fenómeno inicial —el impacto con una presencia humana diferente y el asombro que nace de ello— está destinado a ser el mismo *fenómeno inicial y original de cada*

momento del desarrollo. Porque no se produce desarrollo alguno si ese impacto inicial no se repite»²². Porque si este impacto inicial no se repite, no avanzamos, simplemente repetimos, tratamos sin más de interpretar lo que hemos sentido, pero no existe desarrollo. La historia del pueblo judío es un ejemplo continuo de esto: desde el momento en que el contenido se convierte únicamente en un canon fijo del pasado, solo queda la interpretación, ya no hay desarrollo, tan sólo la búsqueda de interpretar mejor el discurso del pasado. Nosotros podemos actuar también así, y entonces con el tiempo dejará de interesarnos el movimiento, porque termina venciendo el nihilismo: ya no hay hechos, sólo interpretaciones.

Esta es la compañía que don Giussani sigue haciéndonos, porque ninguno de nosotros sería capaz de decir algo tan pertinente a la necesidad que tenemos ahora. El factor originador es el impacto permanente con una humanidad distinta. No es que yo pueda decir, llegados a un punto: «He comprendido. Ahora lo hago por mi cuenta», como si yo pudiese no necesitar del impacto con una humanidad distinta. Y por eso afirma: ¡qué liberación, qué liberación, qué respiro entra en la vida! Por tanto, si no vuelve a suceder, si no se renueva, no se produce una verdadera continuidad. No se trata de que yo tenga que ser más capaz; el niño no tiene que ser más capaz, no, sólo tiene que reconocer que necesita siempre a su madre, que necesita siempre el impacto con algo que despierte continuamente su corazón, su curiosidad, su afecto. Si uno no vive ahora el impacto con una realidad humana nueva, no comprende lo que le sucedió en el pasado. Sólo si el acontecimiento vuelve a suceder, se ilumina y se profundiza el acontecimiento inicial y se establece así una continuidad, un desarrollo.

Por este motivo en la Escuela de comunidad, después de la fe, después del encuentro y de la experiencia de la satisfacción de la libertad, hemos estudiado la obediencia, que es apearse, seguir a esta humanidad presente, a esta humanidad distinta que está presente.

Dice uno de vosotros: «Cuando escucho testimonios en los que se ve un corazón despierto, las preguntas más profundas despiertas y vivas, un gusto de vida excepcional, no consigo decir que en mi vida esté todo bien; no sería leal conmigo mismo si no dijese que la experiencia que

viven ellos es también deseable para mí». Nosotros no le hacemos ningún favor a Jesús: simplemente uno se encuentra ante algo que es deseable también para su vida. «Muchas veces tener delante gente así me ha ayudado a reconocer que ese hecho excepcional es también para mí, aunque lo haya traicionado mil veces; sin ese hecho me concebiría con mucha más mezquindad de lo que lo hago, reducido a reacciones y a interpretaciones. Mi debilidad se halla en una cierta distancia entre estos testigos, o mejor, entre lo que ellos traen, y yo. Es como si siempre estuviese persiguiendo algo que nunca es completamente mío, y estoy harto de tener que reconocer mis errores y la reducción de mi corazón. Pero entonces, ¿qué se me pide?». Querido amigo Pietro, sólo se te pide una cosa: la sencillez de seguir. No te preocupes, no permitas que los errores te detengan. Haz como el niño, que no se detiene ante los errores que comete, o ante las caídas, sino que siempre se ve de nuevo atraído por la presencia de su madre.

Haz como nuestra amiga Matilde, que aprende incluso de su hermano pequeño. Dice: «Quiero contarte el hecho con el que de nuevo la presencia de Cristo se me ha hecho contemporánea, y para ello quiero partir de lo que dice el texto de Página Uno del *Huellas* de noviembre, porque ha sido para mí tal como se describe ahí: este toparse de la persona con una presencia humana diferente es algo sencillísimo, absolutamente elemental, que se da antes que nada, antes de cualquier catequesis, reflexión o desarrollo: es algo que no requiere explicación alguna, sólo ser visto, interceptado, constituye una llamada; algo que nos empuja a que lo sigamos gracias a que corresponde a la expectativa estructural del corazón. Es extraño, pero me ha pasado justamente esto, de la forma más sencilla e inesperada por su proximidad. Este año mi hermano Giuseppe ha empezado la universidad y de forma sorprendente algo ha cambiado. Siempre he tenido con él una relación estu-penda, pero nunca como ahora me he sentido compañera suya en la vida. Todos los días, por la noche, mientras preparamos la cena, él se sienta y, sin que yo le pregunte nada, empieza a contar hechos que suceden cada día en la universidad, y me dice cosas que, por el modo en que las cuenta, parecen ser sorprendentes. Pero sobre todo parece que le aportan una plenitud envidiable, a él, a quien conozco de toda la vida

y que sin embargo me parece acabarle de conocer, porque cada día está renovado por una experiencia que le hace más vivo y nuevo. Muchas veces me quedo parada ante este asombro y tal vez hasta lo deseo para mí, pero luego, al volver a la rutina del trabajo, todo se vuelve igual y plano». ¿Veis? El Señor no nos deja tirados por el camino, pero si nosotros nos quedamos distantes, si no tenemos la sencillez de seguir la forma con la que Él permanece contemporáneo, que tal vez era la última que yo me esperaba, todo se vuelve plano. «Pero cada noche que estoy con él vuelve insistentemente la sospecha de que él vive sus días mejor que yo. Con el tiempo esta sospecha se vuelve detestable: ¿cómo es posible que él, que es tan inútil como yo, esté más contento que yo?». Este es el drama. El Señor puede servirse incluso de un inútil, como hace siempre. Y entonces ya no hay tiempo, hay que tomar una decisión: «Ya no quiero mirar por más tiempo, quiero que esa experiencia sea también mía». Esta es la urgencia que se despierta: ¡la quiero para mí! Puedes estar ahí delante mirando, haciendo todas las interpretaciones posibles, y decir que es un inútil, o puede vencer ese afecto último a ti mismo: quiero que sea mía. «¿Qué hago entonces? Le sigo y hago en mi universidad lo mismo que él hace». Es sencillo: «Leo *Huellas*, voy a la Escuela de comunidad, me informo del caso de Eluana, leo los periódicos, hablo de ello con mis amigos y compañeros, y después vamos a repartir manifiestos». Alguien ante mí que actúa, del que yo aprendo a actuar. «¡Cuántas cosas! Tal vez demasiadas, pero no por un activismo, sino porque poco a poco, al hacerlas, descubro que son para mí. El único modo de que vuelva a suceder ese fenómeno inicial y original que me cautivó entonces, es que me cautive hoy haciéndome nueva». Daos cuenta: es lo último que ella habría pensado: que Él se hiciese contemporáneo de esta forma.

Porque, como ella dice, es necesario que vuelva a suceder el inicio, pero dice con don Giussani: no “como” sucedió al principio, no con la misma forma en la que me obstino muchas veces (debe volver a suceder con ese rostro, con esa persona precisa, con esa forma...), no “como” sucedió al principio, sino “lo que” sucedió al principio, la misma e idéntica experiencia a través de un rostro distinto, de una cara distinta, tan carnal como antes, tal vez con la persona que menos

te podrías imaginar. Porque si no sucediese así, no sería posible el cristianismo, Cristo sería un mito, no sería una realidad histórica. Y “lo” que les sucedió a ellos me sucede ahora a mí, con una forma distinta; lo que sucedió al principio, puede sucederme a mí con una forma distinta. El impacto con una presencia humana distinta, en ese mismo acontecimiento que les movió al principio, se renueva. Por eso la continuidad con el “entonces” –para nuestra amiga–, con ese momento inicial del encuentro con el movimiento, con Cristo, la continuidad con ese momento se restablece sólo porque vuelve a suceder ahora el mismo acontecimiento. Por esta razón, no existe un método para el comienzo y otro método para después; no se trata de que ahora hayamos comprendido y entonces se lo expliquemos a los demás o lo apliquemos, porque esto muestra hasta qué punto somos presuntuosos, pues no nos damos cuenta de que siempre necesitamos, para ser cautivados, que vuelva a suceder “lo” que nos cautivó. Por eso todo es gracia. El acontecimiento original prosigue sólo si partimos continuamente de toparnos con una realidad humana nueva.

El cristianismo es la obediencia a esta realidad humana nueva, el seguimiento de una presencia que tengo ante mí. Sólo podremos continuar lo que hemos empezado y continuado en estos días si permanecemos en esta amistad, porque la obediencia es esta amistad.

Me escribe Matteo: «Este periodo ha sido el más intenso de mi vida por todos los problemas que ha habido en la universidad y por las elecciones universitarias, que han tenido lugar esta semana. Octubre y noviembre han sido dos meses en los que he estudiado poquísimos y me he dedicado a preparar las elecciones. La tarde antes de la votación estaba muy agobiado pensando en todo lo que tenía que hacer. Es verdad, como dice Rose, que hacer cansa: vivía la circunstancia de las elecciones como un peso que tenía que soportar, como un momento que cuanto antes terminara mejor. Pero pensaba que esa posición era inhumana, porque no es humano vivir una circunstancia deseando que termine cuanto antes. Hasta que un amigo me dijo: “Tu posición no es inhumana, es más, es lo más grande que tienes, es como si Jesús te dijese: mira Matteo, si yo no estoy presente tú te ahogas”. Me impresionó sobre todo porque es verdad que si no

Le reconozco presente, antes o después me ahogo, tal vez hago todo lo que tengo que hacer, pero en el fondo estoy insatisfecho. Y luego me asombró cómo ese amigo había valorado mi corazón, mi deseo, el hecho de que estoy necesitado [somos así, no es que después del encuentro ya no estemos necesitados, como muchas veces soñamos]: para mí era una posición inhumana, y él estaba entusiasmado. Y al igual que este, otros episodios, tal vez discretísimos, como por ejemplo una amiga mía que me escribió una nota que decía: “¿De qué le vale al hombre ganar el mundo si se pierde a sí mismo?”. Otro amigo, la misma mañana en que empezaban las elecciones, me escribió un sms: “Pido para mí y para ti que el corazón esté disponible al encuentro con Él en estos días intensos de elecciones”, y durante el día me mandó este sms dos veces: “Recuerda, Matteo, *quaerere Deum*. Lo demás son mentiras”. Cuento estos episodios porque me ha impresionado mucho una frase de la Escuela de comunidad que dice: “El dinamismo de la libertad no conoce el camino para adherirse a la fe: comprende a dónde quiere ir, pero no sabe cómo. Así pues, el Misterio te dice lo que tienes que hacer, te lo dice a través de la compañía en la que te pone”, y yo he pensado: vamos a ver, el corazón lo tengo, la realidad existe, entonces ¿qué necesito? Pero me he dado cuenta, por todo lo que he contado, de que necesito una amistad, es decir, esos rostros que me recuerdan e insisten siempre en aquello de lo que estoy hecho. Es una insistencia tal vez discreta como pueda serlo una nota o un mensaje de móvil, pero continua e incansable. Amigo es aquel que me reclama a Aquel para el que mi corazón está hecho. Y me ha impresionado esta amistad porque no es sentimental, es un juicio. Para mí, decir “ese es mi amigo” está empezando a coincidir con un juicio, que tal vez pueda estar privado de una efusión emotiva o sentimental. Si amigo es aquel que me reclama a la verdad de mí mismo, entonces de aquí se sigue que cuanto más yo sigo a esos amigos, más me sigo a mí mismo. Empiezo a entender cuando don Giusani dice que la amistad no es algo opcional, porque es absolutamente decisiva para mí, no puedo prescindir de alguien que me dice quién soy yo, de qué estoy hecho». Y si uno tiene amigos así, todo lo que los amigos le dicen empieza a hacerse suyo, como decíamos antes.

Por eso el capítulo sobre la obediencia termina hablando de la amistad porque, cuando se vuelve familiar, «la forma extrema de la obediencia es seguir el descubrimiento de uno mismo que se da a la luz de la palabra y del ejemplo de otro, sin los cuales uno tanteaba en la oscuridad»²³. Esa mirada, ese modo de moverse, ese modo de percibirse a sí mismo, de mirar la realidad, de estar ante la realidad, se vuelve mío. Y para que se haga mío hace falta una amistad, hace falta uno al que se pueda preguntar: «¿Qué haces para vivirlo?». Y cuando uno me dice qué hace para vivirlo, le digo: «¡Gracias por habérmelo dicho! ¡Gracias por decírmelo!», y así se hace tuyo y deberás entonces seguirte a ti mismo impactado por ese otro.

La vida es sencilla. Por eso hemos repetido muchas veces la frase: «¿Y por qué atormentarse cuando es tan simple obedecer?»²⁴. La vida es sencilla porque el Misterio, por su ternura hacia nosotros, se ha hecho carne, sigue tomando nuestra carne para hacerse contemporáneo a nosotros, para seguir poniéndonos ante una humanidad distinta a la que seguir. Aquí está nuestra esperanza.

Ayer por la noche, charlando en la cena con algunos de vosotros, uno decía: «Estoy deseando volver a casa para contar a los míos lo que he visto, para que pueda convertirse también en una esperanza para mi madre». Y me impresionaba, porque cuando vivimos según lo que don Giussani nos ha comunicado, esta fe que se ve en la satisfacción, que luego se vuelve obediencia, amistad, sin reducirla a moralismo, nos hace decir: «Esta es nuestra esperanza»; es como si anunciase ya el próximo capítulo de la Escuela de comunidad sobre la esperanza. Daos cuenta cómo don Giussani no ha hablado sin ton ni son: él describe lo que ve brotar de las entrañas de esta experiencia, y cuando uno tiene esto ante sí puede afrontar la vida, puede afrontar el futuro con esperanza.

Esto es precisamente lo que celebramos en Navidad, un evento que vuelve a despertar en nosotros la esperanza. Somos amigos, el Señor ha querido que nos encontráramos, nos ha imantado a todos para relacionarse con nosotros, para llevarnos a una vida plena, a una intensidad de vida que no se encuentra en ningún otro sitio.

NOTAS

- ¹ L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, Encuentro, Madrid 2007, p. 113.
- ² L. Giussani, *ibidem*, p. 111.
- ³ L. Giussani, *El rostro del hombre*, Encuentro, Madrid 1996, p. 113.
- ⁴ Adriana Mascagni, «Al mattino», en *Cancionero*, Madrid 2007, p. 352.
- ⁵ L. Giussani, *El rostro del hombre*, op. cit., p. 113.
- ⁶ L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 1998, p. 159-160.
- ⁷ N. Brenna, «"Es una vida que existe"», en *Tracce-Litterae Communionis*, n. XXXV/11, diciembre 2008, p. 38,
- ⁸ L. Giussani, *El hombre y su destino*, Encuentro, Madrid 2003, p. 108.
- ⁹ *Ibidem*, p. 104.
- ¹⁰ *Ibidem*, p. 112.
- ¹¹ *Jn* 6, 15.
- ¹² L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, op. cit., p. 105.
- ¹³ *Jn* 6, 53.
- ¹⁴ *Jn* 6, 66.
- ¹⁵ L. Giussani, *Uomini senza patria (1982-1983)*, Bur, Milán 2008, p. 11.
- ¹⁶ L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, op. cit., p. 109.
- ¹⁷ *Fil* 2, 5.
- ¹⁸ L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, op. cit., p. 111.
- ¹⁹ L. Giussani, «Algo que se da antes», en *Huellas-Litterae Communionis*, noviembre 2008.
- ²⁰ *Ivi*.
- ²¹ *Ivi*.
- ²² *Ivi*.
- ²³ L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, op. cit., p. 115.
- ²⁴ P. Claudel, *La anunciación a María*, Encuentro, Madrid 1991, p. 174.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	
5 de diciembre, por la noche	1
<hr/>	
LECCIÓN	
6 de diciembre, por la mañana	7
<hr/>	
ASAMBLEA	
6 de diciembre, por la tarde	28
<hr/>	
SÍNTESIS	
7 de diciembre, por la mañana	49
<hr/>	
NOTAS	59

¿Cómo sabemos que está
presente ante nosotros?
Por la humanidad diferente
que genera. Por eso
don Giussani nos decía
hace años: «El acontecimiento
de Cristo se presenta “ahora”
bajo el fenómeno de una
humanidad diferente».
El cristianismo es toparse
con esta humanidad diferente
en la que uno sorprende
un presentimiento nuevo
de vida, algo que aumenta
la posibilidad de certeza,
de esperanza, de utilidad
de la vida.

